



II SEMINARIO ARQUITECTURA Y PENSAMIENTO

DEL 28 NOVIEMBRE AL 2 DICIEMBRE 2011

gap.tallerh@gmail.com

HUELLAS URBANAS

LA CIUDAD A TRAVÉS DE SUS TRAZAS

Inscripciones: www.cfp.upv.es Alumnos UPV y profesionales: 25 € (convalidable por 1,5 créditos ECTS)



UNIVERSITAT
POLITÀCNICA
DE VALÈNCIA



ESCOLA TÈCNICA
SUPERIOR
D'ARQUITECTURA

CTAV COLEGIO
TERRITORIAL
DE ARQUITECTOS
DE VALÈNCIA

th
TALLER H
DEPARTAMENT DE TÈCNICS ARQUITÈCTONICS



organización: GAP (Grupo de Investigación de Arquitectura y Pensamiento)
director del seminario: J.M. Barrera Puigdollers (doctor arquitecto)
imagen cartel: *Going Home*, Christian McLeod 2010.

“HUELLAS URBANAS. LA CIUDAD A TRAVÉS DE SUS TRAZAS”

Tras el resultado tan sorprendente para nosotros, por su aceptación, el curso pasado del Seminario de Arquitectura y Pensamiento, y atendiendo a las expectativas que se abren del escrito adjunto, planteamos la realización del segundo Seminario desde una nueva perspectiva. El primer encuentro tenía un carácter enunciativo de escenarios, debates, posibilidades, marco, contexto de referencias de manera que las posibilidades eran enormes y las visiones como allí denominábamos eran múltiples. Seguimos creyendo en esta multiplicidad de perspectivas, pero es necesario acotar escenarios de trabajo para ser eficaces. Por eso el formato de este curso debería ser de otra escala; mas preciso y deliberativo centrándose en una práctica propositiva concreta. Por otra parte, la experiencia del curso pasado, nos dejó una necesidad de participación, de debate, y de interlocución que difícilmente se puede realizar en otro marco que no sea la Escuela, sin contaminaciones partidistas y con un carácter deliberativo y no pragmático propio de la necesidad de un resultado concreto. Esa necesidad de deliberación la hemos hecho nuestra y la pretendemos precisar en este curso. Y finalmente la metodología también creemos debe precisarse. Los debates a partir de conferencias, las clases dictadas las exposiciones, son siempre interesantes. Pero el alumno de arquitectura, como el profesional arquitecto tiene un perfil más técnico, más práctico y por ello su contaminación de las cuestiones de críticas es más factible que se produzcan de la mano de la experimentación.

Todo ello llevado a la necesidad de conformar una estructura clara de Seminario, nos ha conducido a un formato, entre el Seminario y el Workshop, en donde el ámbito de trabajo es el aula, el contexto es un proyecto, y el clima lo aportan los invitados y el contenido deliberativo que se cree.

Así planteamos una semana de trabajo, donde el aula estará abierta a todos los participantes durante el horario de apertura de la Escuela, a modo de aula abierta, y en donde las actividades discursivas, enunciativas y organizadas ocuparan de 16 a 21h de lunes a viernes, en la semana del 28N a 2D de 2011. Todo ello bajo un formato de Workshop o Work in Process. Durante las mañanas asistidos por los profesores responsables de grupos, y de trabajo libre en sus propuestas. Durante las sesiones de tarde se anunciará una temática o conjunto de cuestiones por los profesores invitados que serán objeto de discusión durante esa tarde, con sus trabajos sobre la mesa y por tanto incidiendo las cuestiones y reflexiones sobre sus contenidos específicos.

La metodología de trabajo es así abierta, discursiva, interrogativa, de debate continuado, de confrontación entre teoría y práctica, de llevar los temas teóricos a su justa precisión del soporte gráfico y proyectual, de manera que el encaje entre disciplinas sea el óptimo, y la transversalidad evidenciada. Para ello contamos como profesorado invitado profesores de otras disciplinas, del campo de la filosofía, el arte, la antropología, de forma que su presencia y capacidad de debate imprima un tono de exigencia y precisión semántica, discursiva, enunciativo, proyectual y a su vez estos profesores, poco habituados al campo arquitectónico, participen de cómo las ideas pueden cobrar materia, forma, necesidad o función, en una implicación de unos a otros, de manera colaborativa y participativa. Es en realidad crear un clima de debate donde surjan respuestas proyectuales, acompañado de debates, propuestas, experiencias y lecturas contemporáneas. Son proyectos comentados, debatidos, consensuados.

Para ello hemos pensado en cómo enfocar esta temática conjunta en relación a la disciplina arquitectónica y hemos considerado que la ciudad, el medio, el paisaje y el espacio vacío, debería ser el escenario de esta reflexión. La ciudad está por revisar y en especial la adaptación de nuestras ciudades heredadas a la nueva cultura incipiente que el pasado Seminario dejó expuesta sobradamente y sobre cuyas consideraciones precisamente versaron todas las preguntas y comentarios. Pues bien, siendo conscientes de su interés creemos que la ciudad debe recoger una nueva perspectiva. Debe atender lo público especialmente y no lo privado. Debe centrarse en recuperar una ciudad humanizada, a la escala de sus residentes, usuarios. Debe ofrecer lo que esta sociedad demanda, y que ya tiene aceptado de otras experiencias. Y por ello debemos reflexionar sobre el modo adecuado de apropiarnos de los

espacios disponibles, calles, avenidas y repensar los vacíos, de cómo hacerlos del ciudadano y de cómo nos llegan las ciudades, para desde su conocimiento de lo implícito y lo explícito abordar con mayor conocimiento su adaptación.

Pero sin duda las ciudades que heredamos no son fruto de un pensamiento único, ni siquiera de múltiples; las ciudades tienen sus inercias, sus similitudes, sus semejanzas, sus historias parciales, y la multitud de culturas que han dejado sus restos o sus huellas sobre ellas.

Las huellas del tiempo, de los acontecimientos, de las confrontaciones, pugnas intelectuales, espíritus emergentes, deseos, anhelos. Las ciudades como escritura continuada que permite la reescritura sobre el texto anterior. Si los libros de bitácora permiten una escritura correlativa sobre todos los hechos que acontecen y las vivencias y experiencias transcurridas secuencialmente en el tiempo, la ciudad permite adicionalmente reescribir sobre lo escrito anteriormente. Como practicaba Vargas Llosa con sus cuentos iniciales. La reescritura sobre la escritura. O, como practica en sus novelas el argentino Héctor Libertella, donde el lector no puede tutelar la lectura. La ciudad es un libro de retales inconexos, en ocasiones que pretenden leerse de corrido y como una sola entidad. Pero la ciudad esconde restos, huellas, tiempos olvidados, otros recuperados, tiempos presentes y apuestas futuras.

La ciudad ha sido el albergue de la iniciativa socio-arquitectónica del hombre. Convencido de su agrupación social y su desarrollo en un contexto social, la ciudad ha recibido las marcas de su devenir, y sus actuaciones impulsando improntas y cambios sucesivos. Pero las lecturas solapadas, sus renglones sobre otros renglones, su semántica superpuesta que dificultaría desde cerca una comprensión profunda de lo que realmente ha acontecido, se leen desde tal distanciamiento de manera que permiten un discurso continuado y fluido, como si se desvanecieran en tal alejamiento las marcas menos convenientes dejadas en el paso del tiempo. Y desde tal perspectiva, lo mundano, lo sutil, lo relevante en la comprensión, dejó de tener el valor de huella para convertirse, sin más, en una leve decoloración del papel soporte de la escritura interesada. Pero son estas ciudades las que debemos comprender si sobre ellas queremos intervenir.

Para la actuación teórico-proyectual que se plantea hemos escogido el marco del devenir de la Avenida del Barón de Cárcer en los sucesivos planes de reforma interior de Valencia. Trazado que quedó interrumpido y nunca finalizado. Esta apuesta propia del higienismo social decimonónico, es un buen ejemplo de la emergencia de una ilustración que se enfrenta a los poderes fácticos de la ciudad, defendida por una burguesía agrícola, tradicional y reacia a los planteamientos aperturistas alentados desde una parte de la sociedad emergente, comerciante. En esta operación de transformación urbana, se aprecian dos mundos confrontados, dos posiciones intelectuales que pugnan por hacerse con el priorato intelectual, y que evaluaban sus fuerzas en la gestión urbana de operaciones de este calado. Frente a la apertura de la Calle de la Paz, cuyos solares estaban en manos de esta burguesía industrial valenciana reducida, (y que vio con interés esta operación -de corte semejante a las planteadas en Barcelona-, donde gran parte de estos nuevos industriales desarrollaban sus actividades, llevándose a cabo en un periodo corto de tiempo), la otrora bautizada Avenida del Oeste, encontró entre sus adversidades una estructura de pequeños propietarios de edificaciones palaciegas o eclesiásticas con un claro perfil agrícola o rentista. En definitiva todos los poderes encontrados y contrapuestos con el nuevo mundo del comercio, las relaciones exteriores, el aperturismo y lo contrario a lo endémico. El mundo introspectivo y el extrovertido; el dentro y el afuera; lo finito y lo infinito; la gran ciudad y la mediocre pero dominada ciudad. Porque en definitiva detrás de esta operación existía un debate de poderes, de dominaciones, pero también de ideas.

Era el mundo de la tierra frente al mundo del mar. El mundo que ve pasar el tiempo, en donde el devenir está escrito y el mundo que se anticipa al tiempo, el mundo que viaja y navega; el mundo que anticipa en el olor del aire por donde viene la tormenta. Un mundo estático frente a un mundo dinámico. Uno que espera que el día traiga lluvia, sol, productividad y que reza para que las inclemencias atmosféricas sean benevolentes y un mundo que se mueve ágilmente en la apertura de posibilidades. Y en esa anticipación de escenarios diferentes y posibles, como el marinero oliendo el aire que anticipa el espacio-tiempo de su presencia real atmosférica, evalúa su estrategia de dirección. Esos son precisamente los dos mundos que se encuentran en la gestión de una decisión urbana de la ciudad, que se salda con media parte ejecutada y media sin desarrollar. La parte ejecutada trazada sobre el mundo que la soportaba. La parte sin trazar sobre el mundo que se le oponía.

Y es justo en esas trazas medio escritas como la ciudad se lee. Y se lee como un todo uno, cuando en realidad son retales superpuestos. Plantear una actuación de recuperación del espacio urbano, con unas propuestas proyectuales que actúen sobre los vacíos urbanos (calles, avenidas, espacios públicos) y permitan devolver los discursos cancelados a su actualidad equivalente,- sobre los indicios de una nueva cultura inscrita en los ciudadanos-, permite re-abrir aquellos discursos, debatirlos y revisarlos, y dar curso de posibilidad a las propuestas de rescate de un espacio público participado, de nuestra historia urbana.

Subyacen en este debate, las marcas de lo acontecido. Pero no solo de este periodo, sino de los precedentes. Como también subyacen las huellas y los restos de estas posibilidades a medio camino entre lo posible y lo imposible de su enunciado. La ciudad se ha visto tradicionalmente constituida por operaciones semejantes y no todas tuvieron un devenir tan particularizado y evidenciado. Los conflictos de generaciones y culturas encontradas han sido continuados. La simple decisión de aperturar avenidas o proyectos que contaban con un factor tiempo necesario, de gestión, desarrollo, proyección, etc, deviene en un necesario riesgo de transformación en ese espacio-tiempo de la sociedad, de las necesidades, de los apoyos, de los poderes. Todo lo que comporta tiempo, comporta riesgo, inestabilidad, indecisión, cambio de parecer, que la sociedad, y la cultura experimentan. Y que requiere de solvencia, de fortaleza, de demostración de su bondad, paso a paso. Y es precisamente en esto donde la propuesta funda parte de su fracaso. La apertura comportaba un nuevo espíritu arquitectónico. Una nueva arquitectura racionalista en auge se enunciaba en Europa. Los CIAM y los congresos de corte higienista daban paso a un espíritu neopositivista. Un nuevo hombre era enunciado por Le Corbusier, o por Gropius. Sert en Barcelona anunciaba un nuevo modo de vivir, unos nuevos modelos edificatorios. Y frente a esto, los artífices de esta operación sustrajeron parte de los enunciados de referencia primigenios y cedieron paso a los poderes locales. Se trataba de una apertura edilicia que tenía por objeto desde sus márgenes y bordes contaminar la ciudad de una nueva manera de habitar. No solo era una operación encaminada con una nueva estética. Sino una intervención de traslado, de crecimiento, de sinergia, de contaminación. Pero los autores cedieron. Los responsables mantuvieron una arquitectura al uso, que incorporaba escasamente unos principios racionalistas, tipológicos y de producto inmobiliario trasgresor y nuevo. Era lo mismo pero con un maquillaje formalista pseudo racionalista por fachada. La operación estaba desvirtuada así. Y quedó en puro fachadismo de difícil transposición a solares de segunda fila, incluso de las mismas manzanas afectadas. La contaminación no produjo el empuje esperado y se agotó en sí misma. Las viviendas seguían siendo de pasillo, de profundidad excesiva, y sin posibilidad de recaer a espacio interior como el ensanche Cerdá sí aceptaba. En consecuencia los tipos residenciales son de gran dimensión y escasas condiciones dimensionales de fachada, iluminación y ventilación. Y tales circunstancias hicieron poco atractiva e impidieron la continuidad de tan audaz propuesta.

Fue sin duda una operación perdida. Pero no solo para la ciudad, sino para el mundo de las ideas. Lo cual no debe entenderse como una nostalgia, de algo que pudo ser y no fue. Sino como una constatación de la "imposibilidad". De la dificultad de lo posible, de sobreponerse a las fuerzas invisibles que conforman lo imposible y que obligan a su prioridad. Las carencias, los intervinientes, los propios promotores de la operación, desde su falta de perspectiva y su utilitarismo pragmático cercenaron sus propias posibilidades de éxito. Como tantas veces en esta sociedad y en esta ciudad. Lo no visible, hace imposible lo visible. Lo invisible es la incultura, el utilitarismo, lo superficial, la apariencia, la falta de consistencia, la perpetuación de la fuerza y la energía de los posicionamientos, la debilidad intelectual, lo mediocre, lo práctico, lo cobarde en materia urbana, las posiciones intermedias, nada clarificadoras, la estrategia política desde la inconsistencia de fundamentación intelectual. Ese dejar hacer, por miedo a la contaminación de responsabilidades, etc. Cuestiones que a ninguno se nos escapa que son de una presencialidad extraordinaria en el mundo reciente y en el debate presente. Esta experiencia es en definitiva, un ejemplo del tiempo recién acabado. De orgía inmobiliaria, de tiempos de pelotazos, de aprovechamiento en beneficio propio, de falta de consistencia, de intereses creados, de estrategias, de protagonismo personal sin riesgos de identificación. Un festival de vanidades, complejos e incultura.

Una breve relectura de nuestra particular ciudad y su crecimiento espontáneo, alejado de posiciones intelectuales. Por eso esta actuación abre todos los debates y permite grandes relecturas de nuestro propio tiempo. El ámbito de trabajo no solo es ámbito físico, sino intelectual, e incluso de modo de mostrarse la vida urbana.

Para finalizar los trabajos se dará un plazo adicional de una semana para su formalización, siendo remitidos a la Comisión de Seguimiento del Seminario, extendiéndose entonces los certificados de asistencia por parte del CFP.

3.- Modalidad de participación en el Seminario

Cada profesor invitado realizará una exposición de sus reflexiones en torno a la temática de 90 minutos y abrirá turno de preguntas para los asistentes. Sus comentarios escritos serán aportados posteriormente para la publicación de los trabajos, así como los turnos de preguntas y respuestas. Podrán participar con ponencias cuantas personas estén interesadas mediante la remisión de las mismas antes de 18 de Noviembre para ser aportadas a los asistentes como material de trabajo. Los resultados prácticos, así como las consideraciones teóricas tratadas en el curso y las ponencias remitidas, serán objeto de recopilación en una publicación posterior, como se ha producido con el primer Seminario.

Coincidiendo con el Seminario se presentará la publicación del primer encuentro del curso pasado.

4.- Inscripción en el Seminario

El Seminario se inscribe en el marco universitario y se plantea tanto para los alumnos de la UPV como para distintos profesionales interesados en la materia. La inscripción para asistir como oyente se realizará a través del Centro de Formación de Posgrado de la UPV (www.cfp.upv.es) con una cuota de 25 euros para Estudiantes y 40 euros para Profesionales. Para los primeros, la inscripción y asistencia será convalidado por 1,5 Crédito de Libre Elección.

5.- Consejo de Organización.

Taller H - Departamento de proyectos
GAP - Grupo de investigación de Arquitectura + Pensamiento

Jose Manuel Barrera Puigdollers - Director
Ester Jimenez Beltrán - Coordinadora

6.- Resultado material de las sesiones.

- 1.- Documento de catálogo del encuentro, con imágenes y textos del proceso de trabajo. Se aportará en formato PDF a los asistentes, con textos, artículos y referencias bibliográficas
- 2.- Edición del libro de texto: "Miradas; Seminario 2010"

7.- Información

Dirección de contacto: gap.tallerh@gmail.com o siguiendo las noticias a través del blog del GAP: www.gaptallerh.blogspot.com.

Teléfono de la organización:(0034) 654 50 84 86.

ANEXO DE TEXTOS Y BIBLIOGRAFÍA BÁSICA PARA CENTRAR EL DEBATE

CIUDAD PENSADA, CIUDAD VIVIDA

IIº seminario de arquitectura y pensamiento

I. INTRODUCCIÓN AL TALLER

Proyectar moviliza un conjunto de creencias previas al mero hecho de trazar. Es más, proyectar va más allá del mero trazar. La imagen, familiar para todos nosotros, del arquitecto sumido en sus reflexiones, ajeno al otro lado de las puertas de su estudio, es ya de por sí una previsualización que nos incorpora a una determinada corriente de pensamiento. Podríamos incluso preguntarnos –y no sería baladí tal introspección- si es realmente posible trazar sin dejar un rastro personal, esto es, un rastro que subrepticia o conscientemente se cuela entre las conceptualizaciones pretendidamente objetivas y universales de las que con frecuencia hacemos gala. Y, siguiendo con la introspección, cabría a su vez preguntarse por la naturaleza de tales presupuestos. ¿De dónde proceden? ¿Son espontáneos, fruto de la inspiración? ¿En qué medida son afectos al contexto? ¿Puede uno realmente enfrentarse a la hoja en blanco sin traer consigo toda una trayectoria personal concreta? ¿Existe realmente algo como la “hoja en blanco”? Planteado así, el tema que aquí nos ocupa adquirirá unas dimensiones difícilmente abarcables en un breve texto y no es el propósito de esta exposición dar respuesta a tantos interrogantes. Ni lo es del taller que aquí presentamos.

Sí es, en cambio, su objetivo que nos enfrentemos a la cuestión de la historia desde la práctica arquitectónica. Y diréis, con razón, que hemos salido de un embolado para meternos en otro. ¿Toda la historia? ¿De la humanidad, de nuestra cultura occidental, de Europa,...? Ni siquiera “historia” parece a primeras un concepto que no requiera aclaración alguna. No. La intención de este taller es la de toparnos con la historia en su materialidad, hacer experiencia individual de las dudas y conflictos que se movilizan desde la perspectiva de nuestra actividad como proyectista y adquirir –aun someramente- conocimientos teóricos que colaboren en aclarar qué es eso de la historia con respecto a la arquitectura.

Para tal fin se ha escogido un área de Valencia la cual, por sus particularidades históricas, adquiere un rango paradigmático en el tema que nos ocupa. En concreto, nos atendremos a uno de los proyectos de intervención urbana –llamados

técnicamente de “reforma interior”- de mayor audacia y ambición llevados a cabo en esta ciudad. Su gestación fue polémica a la par que aclamada y, en última instancia, frustrada. Se dilató a lo largo de varias décadas, periodo en el que se sucedieron propuestas y críticas, ejecuciones parciales, marchas atrás y un largo etcétera. Nos referimos al área del entorno de la avenida hoy conocida como del Barón de Cárcer, Avenida del oeste en su partida de nacimiento. A un desconocedor del devenir de Valencia con ojo atento le bastaría un paseo por esta ancha avenida para detectar su singularidad. Con una anchura de 25 metros, en contraste con las de su entorno, está flanqueada por edificaciones de altura muy superior a las que se pueden ver en sus inmediaciones y, como evidencia más palpable, apenas llegada a las inmediaciones de la Parroquia de los Santos Juanes, detiene su trazado abruptamente contra solares y fincas antiguas en una desconcertante plaza llamada ahora Ciudad de Brujas. Si a nuestro observador semejante incógnita le llamase a curiosear, o pongámoselo más fácil, si por desventura incauto él arribó a esta ancha y, ciertamente, inhóspita avenida en horas desafortunadas, encontraría refresco entre los callejones del casco viejo en busca de alguna pista más que le ayudase a entender este enigma urbano. Digamos que prosigue bordeando la fachada oeste de la iglesia por la calle Botella. De inmediato dará con más solares abandonados o, en el mejor de los casos, reutilizados en improvisados aparcamientos. Que algo raro ha ocurrido en esa zona es palpable por su estado de suspensión. Máxime si, atento, echa un ojo a las callejuelas que penetran irregularmente hacia su izquierda y –si no es ya mucho imaginar- aprecia con asombro la calidad de la factura de los aleros de madera y los marcos de piedra de los portones de varias fincas. Nada más y nada menos que el Palacio de los Exarchs de origen gótico (aunque esto él no pudo saberlo). Algo más adelante, en el cruce ya de una importante calle donde se erige una reciente y desafortunada construcción, podría ver cómo a su izquierda y derecha las irregularidades edilicias prosiguen. Lo nuevo donde lo viejo reclama su lugar, solares, retranqueos puntuales de gran profundidad, cambios de altura... Muchos son ya los datos que en ese rincón de ciudad nuestro incansable observador ha ido recabando. Su periplo podría proseguir para ir reconstruyendo una historia que a nosotros nos toca de muy cerca. Pero dejemos a nuestro exhausto observador y regresemos a los objetivos del taller.

Decíamos que íbamos a trabajar en este área que ya hemos evocado con la intención de toparnos con la historia. Y, previamente, nos habíamos hecho cargo de lo ilusorio que resulta pretender abordar un proyecto con las manos limpias. En nuestra aproximación a la solución de un proyecto llegamos con la mochila bien cargada de presupuestos. Y, fijémosnos sin ir más lejos en la terminología que acabo de utilizar:

“solución de un proyecto”. ¿Acaso no es ese término más propio de un lenguaje científico? Solucionamos problemas de aritmética o de física. ¿Y no podríamos ya, desde el principio, aventurarnos a defender, que cuando uno se acerca a un proyecto con la intención de “solucionarlo” acota su comprensión del mismo, limita las posibilidades que pueden surgir si nos acercáramos con una actitud otra que la cientifista? En efecto, el arquitecto pertenece, antes que nada, a un contexto socioeconómico y sus presupuestos están guiados por una determinada cosmovisión históricamente determinada. Algo, por otra parte, nada exclusivo a esta profesión. Ejemplo de esto podría ser nuestro observador. Partía ya de unos presupuestos culturales: entiende que es un signo encontrar frente a edificios antiguos tanto solares como nuevas construcciones. Entiende que una avenida requiere un principio y un fin. Entiende, a fin de cuentas, que no se entiende Barón de Cárcer. Tiene muy asimilado lo que es una ciudad. Conoce muchas ciudades y, además –esto no lo había dicho aun- es europeo. Comparte con esta ciudad una cultura común. Y dicho sea de paso: ¿qué es eso de pasearse por las calles como un detective?

II. DE LA VALENCIA MEDIEVAL A LA IDEA DE VALENCIA MODERNA

Valencia antes de 1868:

A mediados del siglo XIX, Valencia era una ciudad morfológicamente medieval que no respondía a los precipitados cambios sociológicos acontecidos especialmente en la segunda mitad de ese siglo. Su trama histórica había permanecido intacta a excepción de pequeños desahogos llevadas a cabo por los franceses e intervenciones puntuales como la Plaza Redonda (1837). En cualquier caso, no modificaron sustancialmente las precarias condiciones de vida de la ciudad. El sostenido crecimiento demográfico propiciado por la inmigración rural había elevado alarmantemente la densidad del casco intramuros que, pese a mantener su perímetro desde mediados del siglo XIV había alcanzado ya los cien mil habitantes. Si a esto añadimos el poco celo concedido a la conservación de un gran número de viviendas y sus ínfimas condiciones de habitabilidad, no es de extrañar que en un informe municipal se describieran ciertas áreas urbanas como “esa multitud de casas bajas y escalerillas de cuatro o cinco pisos, fundadas sobre reducidísimos solares, incrustados entre otros, no permitiendo reciban sus mal distribuidas habitaciones mas ventilación, ni otras luces que las que puedan proporcionarse por las fachadas, tal vez a calles lóbregas y sucias, jamás iluminadas por los rayos del sol; donde se observan además muchedumbre de viejas casuchas húmedas y medio arruinadas cuyo aspecto revela

por sí solo cuanto puede haber y pasar en su interior”¹. Al margen de comentarios que excedan la mera descripción, este testimonio da buena cuenta de las condiciones de vida en un buen número de viviendas de la ciudad. O, al menos, nos traslada la visión que de un buen número de viviendas (y de sus habitantes) se tenía por los reformadores oficiales.

Las medidas desamortizadoras (en 1836 la de Mendizábal, en 1841 la de Baldomero Espartaco y en 1855 la de Madoz) tuvieron escaso efecto en la estructura urbana. En los primeros años de vigencia, de los veintisiete conventos intramuros tres fueron derruidos², once mantuvieron su uso anterior y los trece restantes fueron reconvertidos en edificios de funciones públicas como cárceles, museos, oficinas del estado o cuarteles. Si que es cierto que se aprobaron nuevas normativas municipales que rectificaban alineaciones y propiciaron la apertura de nuevas calles. Pero, carentes de una visión de conjunto, estas actuaciones, si bien notables, no tuvieron una sustancial repercusión en las condiciones de vida intramuros. Surgían nuevas calles allí donde se derribaban viejos edificios, nuevas disposiciones municipales regulaban ampliaciones y obra nueva, pero no se logró iniciar una reestructuración profunda. Más bien quedó patente que, lejos de los objetivos urbanísticos que la sociedad y administración defendieron públicamente, uno de los primeros objetivos a cubrir con las desamortizaciones³ era atender los enormes gastos derivados de las guerras carlistas que habían generado un déficit público insostenible y consolidar los nuevos valores liberales: centralización del poder económico y administrativo en el Estado, militarización y laicidad.

Las consecuencias inmediatas de estas actuaciones no se habían traducido en una suficiente oferta de suelo edificable y, en cambio, habían incrementado la población en el interior del recinto amurallado. Era cada vez más urgente abordar resolutivamente el problema del crecimiento de Valencia. De ahí que en la década siguiente a la última desamortización se sucedieran en Valencia diversos intentos de

¹ *Memoria para el ensanche de Valencia*. Imprenta de la Regeneración Tipográfica. Valencia, 1859, p. 14. Este documento constituye una muy evocadora descripción de la visión oficial de la ciudad a mediados del siglo XIX. Es pertinente, no obstante, señalar aquí que gran parte del contenido proviene de A. Sancho, *Mejoras materiales de Valencia: colección de artículos*, Impr. de José Mateu Garin, Valencia, 1855.

² En 1839 se construyó el Mercado Nuevo (hoy Mercado Central) sobre los solares obtenidos tras la demolición del Convento de Las Magdalenas. En ese mismo año, se promovió sobre los terrenos del Convento de las Monjas de La Puridad un importante proyecto de reforma urbana: la construcción del barrio nuevo de La Puridad. No se niega que suponga un importante hito en las operaciones de reforma interior, pero su carácter puntual obliga a reconocer su limitada capacidad de cambio estructural.

³ Para una rápida visión de conjunto de este periodo se puede consultar: Francisco Tomás y Valiente, *El marco político de la desamortización de España*, Ariel, 1989.

mejoras, frustrados en su mayoría. Es así como en 1855 el arquitecto Antonino Sancho y Arango formula el primer análisis global de la ciudad, dando respuesta a un gran número de las deficiencias detectadas. Es especialmente relevante este *Plan general de reformas* por fijar las líneas fundamentales de actuación que se materializarían –muy transformadas- en los proyectos de años siguientes. De ahí que, en connivencia con esta estrategia global y animados por las positivas experiencias llevadas a cabo en Barcelona y Madrid, la Corporación Municipal decidiese dar forma al ensanche exterior valenciano pocos años después. En 1858 se presentó el *Proyecto General del Ensanche de la Ciudad de Valencia* de los arquitectos Sebastián Monleon, Antonino Sancho y Timoteo Calvo, el historiador y cronista Vicente Boix, y el médico higienista Manuel Encinas. En este se abordó con decisión la transformación reglada de la fisionomía urbana de Valencia al representar las nuevas alineaciones sobre los campos, caminos de huerta, acequias y cauce del Valladar más allá de las murallas. Tras la negativa a su aprobación del Ministerio de la Gobernación, en un segundo intento en 1868 se introdujeron algunas de las observaciones del informe desfavorable. De nuevo, este proyecto de ensanche no recibió la sanción oficial, pero el camino hacia la elaboración de un proyecto de crecimiento y transformación interna para Valencia había sido iniciado.



Proyecto General del Ensanche de la Ciudad de Valencia formado de orden de su Exmo Ayuntamiento por los Arquitectos D. Sebastián Monleon, D. Antonino Sancho y D. Timoteo Calvo (1858). Archivo Histórico Municipal de Valencia (AHMV) y Archivo VTIM arqtes. Documento digital extraído de *Cartografía histórica de la ciudad de Valencia (1608-1944)*, A. Llopis Alonso –VtiM arqtes y L. Perdigón Fernández, Ed. UPV, 2010.

En cualquier caso, la demolición en 1968 de los conventos de Santa Tecla, San Cristóbal y Santa Ana redirigió el ansiado impulso urbanístico hacia la reforma interior quedando el crecimiento extramuros de Valencia relegado a intervenciones puntuales e inconexas. Surge así el proyecto de los arquitectos municipales Manuel Sorní y Juan Mercader de apertura de una nueva vía de acceso directo desde el puente del Mar hasta el Mercado: la calle de la Revolución, ahora conocida como calle de la Paz. El proyecto fue aprobado en sesión municipal con únicamente dos votos en contra pese a la mayoritaria oposición de los vecinos. No obstante, y tras innumerables interrupciones, no será hasta la celebración de la Exposición regional de 1909 cuando se puede dar por finalizado el trazado de la calle, y hasta hace escasos años la última de las construcciones. Basten estos apuntes para caracterizar la dubitativa a la par que persistente forma de abordar estas importantes transformaciones de la ciudad⁴.

La reforma interior y la idea de la Avenida del Oeste⁵

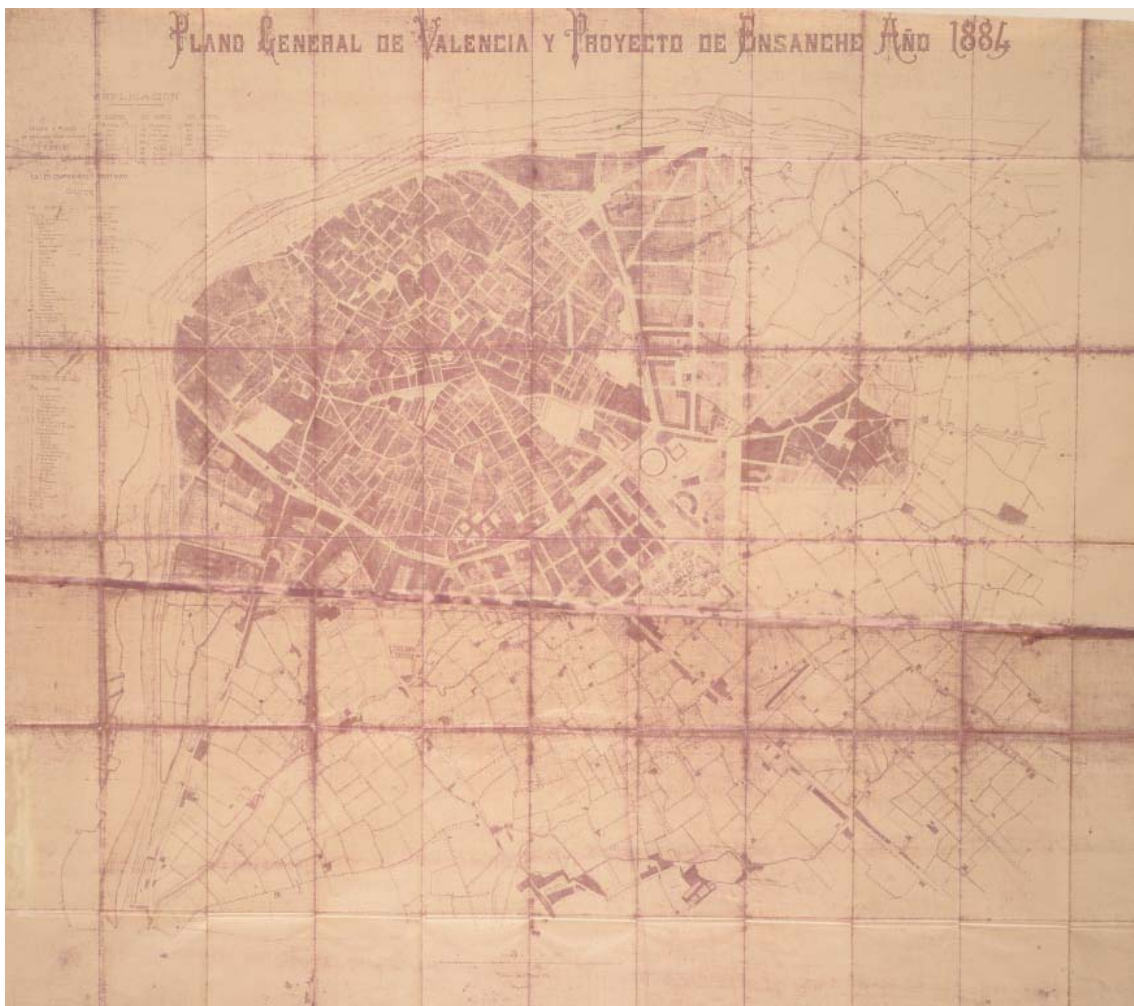
En 1884 se redacta el *Proyecto de Ensanche*⁶ de los arquitectos José Calvo , Luis Ferreres y Joaquín M^a Arnau. En 1887 fue aprobado. Apoyándose en la recientemente ampliada ronda perimetral de Valencia liberada por el derribo de las murallas iniciado en 1865, el ensanche proyectado sumaba un área de aproximadamente 120 hectáreas (similar al de 1858) que quedaba limitado al sur y al este por dos grandes vías que intersecaban octogonalmente en las inmediaciones del parque de vías. Asimismo preveía ya la incorporación a la nueva trama urbana del antiguo poblado de Ruzafa. Es digno de mención señalar que este proyecto, ganador de un concurso limitado convocado por el Ayuntamiento, tuvo que respetar -como así lo exigían las bases- las alineaciones consolidadas por las construcciones ejecutadas.

⁴ Sobre la accidentada gestación de la calle de la Paz, se puede consultar: F. Taberner Pastor, "Trazado y apertura de la calle de la Paz: del *sventramento* a la protección patrimonial" en *Historia de la ciudad. III. Arquitectura y transformación urbana de la ciudad de Valencia*, Colegio Oficial de Arquitectos de la Comunidad Valenciana, Ayuntamiento de Valencia y la Universitat de València, 2004, pp. 183-202.

⁵ Para entender este periodo histórico de Valencia es de consulta obligada: F. Taberner, *Valencia entre el ensanche y la reforma interior*, Alfons el Magnànim, Valencia, 1987.

⁶ VV.AA., *El ensanche de la ciudad de Valencia de 1884*, Colegio de Arquitectos, Valencia, 1984.

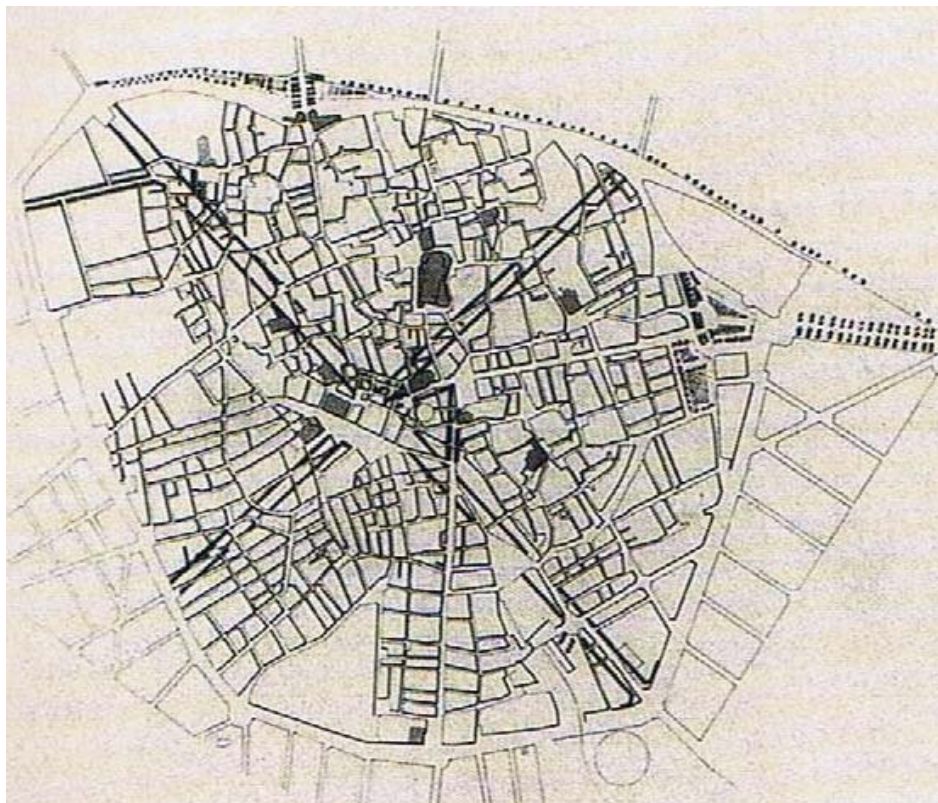
En las que al área extramuros se refiere, estas edificaciones se levantaron según las anteriores propuestas de ensanche de 1858 y una segunda en 1868 que, pese a no haber recibido la aprobación oficial habían determinado el crecimiento de la ciudad en años anteriores. En cualquier caso, este *Proyecto de Ensanche* no hizo sino consolidar el cierre de la casco antiguo en sí mismo al insistir en la delimitación infranqueable del antiguo recorrido de la muralla con las nuevas rondas. De nuevo el perímetro de la antigua ciudad delimitó la zona de actuación y quedó al margen de integraciones con el ensanche. No se abordó ninguna articulación estructural con el trazado intramuros quedando, pues, el ensanche como un adosado de geometría inmiscible con la preexistente que no ayudó a aliviar los ya endémicos problemas de la ciudad consolidada. Es más, el acceso a amplias zonas urbanizadas y de bajo coste, fruto de las expropiaciones de las huertas que circundaban Valencia, ahuyentó a los inversores potenciales de una reforma interior mucho más costosa y polémica.



Plano General de Valencia y Proyecto de Ensanche Año 1884, J. Calvo Tomás, L. Ferreres Soler y J. M^a

Arnau Miramón, Archivo Histórico Municipal de Valencia (AHMV), exp. 5000-I, caja 2, obras públicas 1912. Documento digital extraído de *Cartografía histórica de la ciudad de Valencia (1608-1944)*, A. Llopis Alonso –VtiM arqtes y L. Perdigón Fernández, Ed. UPV, 2010.

Pese a ello, y gracias al impulso de ciertos concejales republicanos y motivados por el éxito de precedentes como la Gran Vía madrileña en 1888 y de la Vía Layetana barcelonesa en 1889, el Ayuntamiento encargó finalmente al arquitecto Ferreres (coautor del *Proyecto de Ensanche*) un proyecto global de reforma interior. Finalizado en 1891, su resultado el *Proyecto de apertura de una gran Vía entre las puertas de Ruzafa y San José; prolongación de la calle de la Paz y la Corona; nuevo ensanche de la plaza de la Reina y reforma de las calles afluentes a las indicadas*. El título es lo suficientemente explícito como para que no nos detengamos más en este trabajo que quedó en el cajón. Baste notar que se trata de la primera ocasión en la que se diseña una operación de gran envergadura que unificaba las intervenciones parciales anteriores y proponía una nueva fisonomía urbana para la vieja Valencia, fuertemente inspirada por el París del segundo imperio y la Italia postisorgimentales.



Reconstrucción del plan de reforma interior de Ferreres de 1891. Extraído de R. Reig Armero, "Ideología y política de la Reforma" en Historia de la Ciudad. Recorrido histórico por la arquitectura y el urbanismo de

Es momento de hacer un nuevo alto en el camino para presentar a una de las figuras más relevantes del periodo que iba a iniciarse en las postrimerías del siglo XIX. En marzo de 1898 Blasco Ibáñez fue elegido diputado por Valencia. Se daba así un giro histórico al republicanismo valenciano que sedujo a las clases populares con su discurso progresista y municipalista. Apoyado por su periódico *El Pueblo*, sus consignas fueron calando en la opinión que vio con buenos ojos su radical y hasta violentos ataques contra la monarquía y el gobierno central, así como contra los oligarcas valencianos. Su objetivo político estaba centrado en alcanzar una cómoda mayoría en el Ayuntamiento para hacer de Valencia un ejemplo de “ciudad moderna, republicana y libre”. Cumplido este en 1901, sus propuestas de reforma pudieron llevarse a la cámara para su aprobación. El municipalismo blasquista confiaba con ceguera en las virtudes educadoras de la urbanización, vinculando insistentemente en sus acalorados discursos la reforma urbana con la reforma cultural. Para hacer de Valencia una ciudad moderna, se requerían amplias calles y bellos edificios, por su capacidad de materializar las aspiraciones e ideales ilustrados que con profusión y empatía Blasco defendía en multitudinarios discursos. La gran ciudad, paradigma de la modernidad, requería escaparates, cafés abarrotados, nuevos medios de transporte, teatro. Esto es, Valencia debía dejar atrás su pasado agrícola para abrazar la industrialización en todas sus vertientes. De esta forma fueron perfilándose los ejes principales de la reforma urbana blasquista. Fundamentalmente constaba de dos puntos: el desplazamiento del escenario de encuentro popular desde su sede medieval en la Plaza de la Seu (símbolo de los denostados poderes reaccionarios) hacia un nuevo centro que respondiese a las exigencias modernas; y en segundo lugar, potenciar el desarrollo de los barrios proletarios tanto en su crecimiento (nuevas barriadas) como en su consolidación (creación de una red de casinos republicanos).

No es de extrañar que apenas dos años después se acometiese el derribo del barrio de Pescadores (barrio humilde de jornaleros, tabernas y lupanares), del Convento de San Francisco y de San Gregorio y el traslado a extramuros de la estación de ferrocarriles dejando vía libre a la construcción de los nuevos hitos modernos: una gran plaza frente a los nuevos poderes municipales (el Ayuntamiento y Correos y Telégrafos). Tras este gran evento que celebraba con grandes vuelos la llegada de una nueva era a la política valenciana, se propusieron concretar en un nuevo plan global todas las intervenciones que el blasquismo defendió a pecho y

espada. De tal forma que en 1905 se presentó el plan de *Reforma Interior de Valencia* del arquitecto municipal Aymamí. De igual talante que su predecesor Ferreres, su propuesta se basaba en la perforación del casco histórico por dos ejes que garantizaran tanto su conexión con el nuevo ensanche como la regeneración del viejo tejido urbano. Este plan es de crucial importancia para entender la evolución que desde aquel entonces sufrirá la antigua ciudad intramuros. No ya por sus trazados concretos, puesto que de nuevo este proyecto ambicioso quedó en el tintero, sino porque sirvió de sólida base para los que sí llegaron a ver la luz en años venideros. Si destacáramos del plan de Ferreres su papel como inaugurador de un tipo de intervención global y contundente, es de especial interés destacar del de Aymamí dos novedades que, por su coherencia con respecto a la estructura socioeconómica de la ciudad, constituirán las líneas directrices de los subsiguientes planes de reforma interior. El primero de los ejes, la Avenida del Real, iniciaba su trazado en el puente del Real (que Aymamí ya preveía ensanchar) conectando la Alameda y el Paseo al Mar (ahora conocido como Avenida de Blasco Ibáñez y aprobado en 1893, ambas áreas de reciente expansión de la ciudad) con la Plaza de la Reina ampliada en 1878⁷. A partir de esta, y una vez derribada la Iglesia de Santa Catalina, la nueva avenida atravesaba los barrios del Mercado y de las Escuelas Pías hasta las torres de Quart, cruzaba la ronda de Guillem de Castro y se prolongaba hasta la industriosa Vara de Quart. Este eje constituiría lo que para Madrid supuso la Gran Vía: una calle burguesa de paseo y comercio. El segundo eje, de especial relevancia para nosotros, fue desplazado hacia el oeste con respecto al de Ferreres. Por el sur, lindando con San Agustín, enlazaba con la calle de San Vicente y el área industrial próxima al parque de vías de la salida a Madrid. Perforaba la zona tradicionalmente comercial e industrial de los barrios de Velluters, Mercado y el Carmen y conectaba los dos centros comerciales más importantes del momento: el Mercado Nuevo (ahora Central) y el de Mosén Sorell (que estaba previsto ampliar). Al norte, una vez ensanchado el puente de San José daría salida al centro hacia las pobladas barriadas al otro lado del río Turia.

⁷ Su dimensión actual no corresponde con esta primera ampliación. No será hasta 1951 cuando, tras el derribo de varias manzanas de viviendas, La Catedral y la Capilla del Santo Cáliz formarán fachada de la Plaza de la Reina. Algo que no responde tampoco al plan previsto por Aymamí, puesto que mantenía una manzana de viviendas que disimulaba oportunamente el símbolo del poder de la Iglesia en la ciudad. La ordenación actual responde a la desafortunada construcción de un aparcamiento subterráneo que no solo ocasionó destrucciones irreparables a los restos romanos sino que impide el uso adecuado de esta plaza hipotecada por el tráfico y las rampas de acceso.



Reforma Interior de Valencia, F. Aymamí Faura, Archivo Histórico municipal de Valencia (AHMV), 1910. Documento digital extraído de *Cartografía histórica de la ciudad de Valencia (1608-1944)*, A. Llopis Alonso –VtiM arqtes y L. Perdigón Fernández, Ed. UPV, 2010. Este plano no corresponde con el anteproyecto aprobado en 1908. De aquel solo permanecen tres medidas: el trazado de las avenidas del Real sin su prolongación hasta las puertas de Quart y la del oeste íntegramente, y la ampliación de la plaza de la Reina.

El proyecto de Aymamí suscitó airadas protestas por un gran número de colectivos entre los que destacaba la Iglesia y los vecinos afectados. De ahí que a lo largo de los años fuese reduciéndose y modificándose hasta quedar tal y como adjuntamos en el plano. Pese al entusiasmo inicial con el que se abordó la solución definitiva de la reforma interior y el empeño puesto por el blasquismo en su defensa, lo cierto es que una vez más en la dubitativa historia de esta ciudad, este plan quedó abortado. Como apuntábamos anteriormente, la prelación del ensanche dificultó la

búsqueda de apoyos inversores. La airada actitud del blasquismo hacia el gobierno central no ayudó, por otra parte, a la financiación de tan costoso empeño. Y si a estas razones de orden económico, acrecentadas por la profunda crisis que vivió el país desde principios de siglo, sumamos la ausencia de una sólida burguesía urbana en Valencia (a diferencia de casos como el de Barcelona o Madrid) y las reticencias de los estamentos reaccionarios de potenciar una ciudad industrial por la consiguiente secularización y proletarización que implicaba, dispondremos del mapa socioeconómico que llevó a aparcar de nuevo la reforma interior e Valencia. Se hizo necesaria la llegada de regímenes autoritarios para dar el impulso final a las frustradas aspiraciones de los regímenes democráticos.

El impulso final: el arquitecto Javier Goerlich

La dictadura de Primo de Rivera prometió con sus políticas intervencionistas una recuperación de la economía. y es en este contexto que hay que entender el empuje definitivo que tuvo a manos del arquitecto Javier Goerlich⁸ la nueva imagen del centro urbano de Valencia. La ciudad seguía creciendo y el ensanche había resultado ser insuficiente. Numerosas agrupaciones de viviendas surgían en zonas carentes de alineaciones con el único requisito de estudiar el enlace de las calles con cualquier vial preexistente⁹. La presión de la actividad inmobiliaria dio lugar al *Plano de Nuevas Líneas para la Reforma Interior de Valencia* en 1929 teniendo como alcalde al Marqués de Sotelo redactado por el arquitecto Javier Goerlich. Este recogía fundamentalmente las líneas de actuación fijadas por el arquitecto municipal Carlos Carbonell en 1921 en su *Proyecto de Reformas Urbanas* que, a su vez estaba fuertemente influenciado por el ya citado *Plano de Reforma Interior* de Aymamí. Pero no fue hasta la llegada del cambio político en 1931 con la Segunda República que se apoyará enérgicamente desde la alcaldía de Vicente Alfaro el inicio de las obras siguiendo siguiendo el plan diseñado por J. Goerlich. Tal fue su entusiasmo que los medios de comunicación hicieron gran eco de medidas publicitarias como la proyección de perspectivas de la reforma propuesta en los principales cines de la

⁸ Un retrato de este relevante personaje público puede consultarse en D. Benito Goerlich, "Arquitectura, ciudad y arquitecto. Javier Goerlich Lleó al servicio de la ciudad" en *Historia de la ciudad. Vol. V: Tradición y progreso*. ICARO-CTAV-COACV y Ajuntament de València, 2008, pp. 153-185.

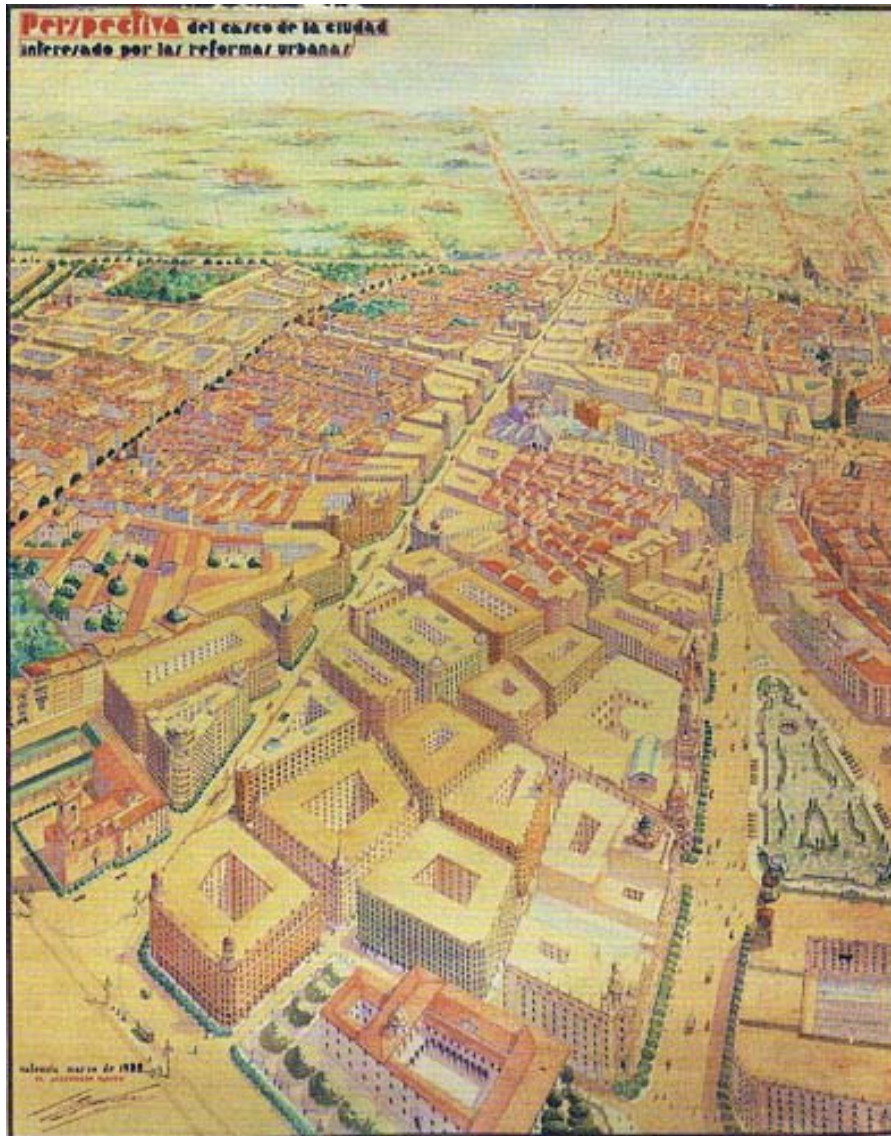
⁹ F. Taberner, "Valencia: las grandes reformas o la configuración de la nueva imagen del centro urbano", en *La ciudad moderna. Arquitectura racionalista en Valencia*, IVAM, Valencia, 1998.

ciudad¹⁰.



Plano de Nuevas Líneas para la Reforma Interior de Valencia, J. Goerlich Lleó, Archivo Histórico Municipal de Valencia (AHMV), 1929. Documento digital extraído de *Cartografía histórica de la ciudad de Valencia (1608-1944)*, A. Llopis Alonso –VtiM arqtes y L. Perdígón Fernández, Ed. UPV, 2010.

¹⁰ “Se proyectan en las respectivas pantallas los dibujos y perspectivas de los proyectos mientras las orquestinas de los referidos salines interpretan el himno regional... El público muestra su satisfacción, da su asentimiento, comenta favorablemente y aplaude”. Diario *El Pueblo*, 27-XI-1931, p. 1.



J. Goerlich, *Perspectiva del casco de la ciudad interesado por las reformas urbanas*, 1932, Archivo Municipal de Valencia. En F. Taberner, "Valencia: las grandes reformas o la configuración de la nueva imagen del centro urbano", *La ciudad moderna. Arquitectura racionalista en Valencia*, vol. 1, Ed. IVAM, Valencia, 1998, p. 87.



J. Goerlich, *Ensanche de la plaza de la Región [ahora plaza de la Reina] y prolongación de la calle de la Paz hasta las Torres de Cuarte*, 1935, *Administración y Progreso*, 39/1935, Archivo Emilio Rieta. En F. Taberner, "Valencia: las grandes reformas o la configuración de la nueva imagen del centro urbano", *La ciudad moderna. Arquitectura racionalista en Valencia*, vol. 1, Ed. IVAM, Valencia, 1998, p. 90.



J. Goerlich, *Avenida del Oeste. Perspectiva del arranque en la Plaza de san Agustín y Calle San Vicente*, 1931, Archivo de Arquitectura y Urbanismo de la Escuela Técnica Superior de Arquitectura de Valencia. En F. Taberner, "Valencia: las grandes reformas o la configuración de la nueva imagen del

centro urbano”, *La ciudad moderna. Arquitectura racionalista en Valencia*, vol. 1, Ed. IVAM, Valencia, 1998, p. 87.

En general, se podría decir que en esos primeros años treinta, el sentir general era favorable a estas medidas tan esperadas. Y se trataba no obstante de un proyecto de gran envergadura que, tan solo en lo referente a la apertura de la Avenida del Oeste, implicaba cerca de 700 expropiaciones con las consiguientes incomodidades que esto acarrearía entre los vecinos, comerciantes e industriales. En honor a la verdad habrá que decir a favor de estos nuevos gestores que manifestaron mayor sensibilidad con los afectados que en medidas anteriores igualmente impositivas llevadas a cabo durante la dictadura. Tal fue el caso de la Bajada de San Francisco donde los desalojados no pudieron reubicarse en similares condiciones. Así pues, la autorización de la apertura de la avenida quedó condicionada a la disponibilidad de oferta inmobiliaria suficiente para acomodar a los expropiados. La voluntad política era firme. Los recursos, por el contrario, no abundaban. Pasaron los años y llegó la Guerra Civil.

No es necesario decir que en esos tres dramáticos años de la historia española las prioridades fueron de otra índole. La higienización y la modernización de la ciudad pasaron a un muy segundo plano. Una vez formado el nuevo gobierno municipal y teniendo como arquitecto de la corporación a Goerlich, en agosto de 1940 se otorgaron las primeras licencias de derribo para la apertura de la Avenida del Oeste. Y no fue hasta 1944 que se desempolvó el fantasma de la planificación urbanística valenciana. Desde el nuevo gobierno, centralista y dirigista, de la autarquía y a manos del “Equipo Madrid” dirigido por Germán Valentín-Gamazo se redactó el *Plan General de Ordenación Urbana de Valencia y su Cintura*. Se declaró en aquella ocasión, por primera vez, el centro histórico como “recinto antiguo de interés histórico-artístico” aunque no se ordenó la paralización de las obras. Los derribos prosiguieron con arreglo al plan urbanístico de 1929 y las casas tradicionales fueron sustituidas por altas fincas. Finalmente en 1957, próximos al derribo de un centenar más de viviendas, el proyecto ya casi centenario de apertura de una gran avenida que atravesase el casco antiguo de la ciudad quedó definitivamente paralizado.

Desde entonces pocos son ya los cambios que esa zona ha sufrido, aunque la degeneración del tejido urbano en sus inmediaciones no cesó desde entonces. Que una medida tan drástica quedase paralizada sin consolidar la trama urbana con su – acertado o no- nuevo planteamiento es sin duda una de las causas probables. Pero

habría que añadir a esto la ya manifiesta falta de tacto con el patrimonio de parte de los gestores públicos y los propios habitantes de la ciudad con lo que, ya bien sea por no resolver con subsiguientes planes de ordenación la precaria situación en la que quedó esa zona, ya bien sea por el ánimo de lucro rápido, las fincas aledañas y afectadas por las nuevas alineaciones sufrieron un rápido deterioro y en gran número acabaron arruinándose. Nada nuevo en la historia de una ciudad que, lejos de corregir su atávica falta de apego por el patrimonio, tras la aprobación del *Plan Sur* se subió con entusiasmo al tren del progreso sin límites y a costa de lo que fuera. Baste recordar vergonzosas escenas como el derribo del Hospital General de Valencia en los años sesenta o la definitiva apertura de la Plaza de la Reina. Aunque es también característico de esta sorprendente ciudad movilizaciones sin parangón contra manifiestas intromisiones como las propuestas desarrollistas de Ordenación de la Devesa del Saler o la transformación del viejo cauce del Río Turia en vía rápida. De ambas paralizaciones y reivindicaciones populares surgieron dos de los espacios naturales más singulares de Valencia. Algunos la consideran de naturaleza anarquista, otros achacan esos vaivenes en su historia a su tendencia a la improvisación, otros a sus miserias. Lo cierto es que Valencia ha hecho de sus audaces proyectos fracasados tesoro y servidumbre de su devenir.

III. UN POSIBLE ENFOQUE DEL ACERCAMIENTO: CIUDAD E IDEOLOGÍA

El mito “ciudad” y su permanencia

La palabra ciudad, en su origen etimológico latino *civitas*, abarca tanto el concepto originario de “conjunto de ciudadanos” unido al sentido de convivencia civil, como el concepto adquirido por extensión de lugar de residencia de los *cives*. De hecho, en la cultura clásica la *civitas* como cuerpo social es distinta de la *urbs*, palabra con la que se significa la realidad física de lo construido. No está de más recordar esta duplicidad en el término, por cuanto evidencia una duplicidad en su significado. En la cultura occidental, la ciudad asume un doble significado. Asume tanto el sentido de una realidad colectiva que reúne una población en torno a una serie de vínculos constitutivos, como el de comunidad urbana, es decir, como lugar de asentamiento propio de un colectivo entendido como espacio físico, jurídico, económico y social. En definitiva, desde su sentido clásico, la ciudad tal y como hoy la entendemos se ha dado en el distinguir por un lado lo simbólico-constitutivo de la existencia del hombre y,

por otro, su materialidad inherente. Lo primero, “la ciudad como *civitas*” atiende a la necesidad de entendimiento. En su naturaleza social cabe disponer en el hombre la elaboración del sentido de su existencia. Lo segundo encuentra su justificación primigenia en la necesidad de supervivencia. El hombre enfrentado a un mundo que se le presentaba como una amenaza tuvo, en efecto, que armarse –en su sentido más literal- contra él para poder garantizar su permanencia. Se trata de un momento negativo incrustado en la esencia misma de “ciudad como *urbi*”, un momento de negación del entorno natural. Entre esta naturaleza etérea de necesidad de verdad en el habitar y la terrena de cobijo se sitúa la ciudad.

Si esto puede presentarse así en torno al concepto de “ciudad”, concepto este que parece gozar de un mayor entendimiento intuitivo, algo semejante podemos desarrollar en torno al concepto de “arquitectura”. Atendamos a la siempre socorrida etimología del término griego *architékton*. *Archein* proviene de maestro de obras y *tékton* de artesano. Arquitecto, en este sentido inmediato, sería aquel maestro de obra que dirige el cuerpo de artesanos y obreros. Ahora bien, la raíz de *tékton* proviene del verbo *têucho*, hacer o producir, y del sustantivo *têuchos*, es decir, instrumento. Es necesario en este punto hacer referencia al estrecho parecido de esa raíz con *tyche* que remite a azar y su sustantivo *tyncháno*, hallarse localizado por azar. En un segundo sentido de *architektonia*, deduciríamos que el mundo no está dispuesto para nuestra recepción ni el hombre está adaptado para su inclusión. El sentimiento de no-pertenencia, de origen infundado –de azar a fin de cuentas- del hombre en el mundo está en la raíz de *achitektonía*. *Tékton* es la respuesta a la hostilidad de un mundo al que no pertenecemos. El hombre responde con la tecnología, con la creación de instrumentos, contra un orden en el que intenta encontrarse. Lo humano se presenta en el mundo como lo artificial, en oposición a lo natural desde lo que se constituye por negación. En el Génesis se nos dice: “Plantó luego Yavé Dios un jardín en Edén, al oriente, y allí puso al hombre a quien formara” (2, 8). Viviendo en un régimen preternatural, Adán y Eva ven cubiertas tanto sus necesidades materiales –alimento, cobijo- como espirituales –dominio simbólico del medio por la palabra. Ni siquiera tras el primer pecado se menciona la necesidad de habitáculo, sino la de trabajo, parto y muerte. Sus descendientes toman luego posesión de las dos grandes regiones de la vida mediante la división del trabajo en agricultura, Caín, y pastoreo, Abel. Solo tras el asesinato del nómada Abel por el sedentario Caín se encuentra la primera mención de una ciudad. Y es importante señalar que la aparición de la ciudad en este contexto mitológico no tiene tanto que ver con el fratricidio sino con la argucia técnica. En efecto, para evitar el castigo de Yavé, lo que en su caso era la negación de su sedentarismo,

Caín no asume la condena divina al nomadismo del pastor, sino que “lejos de la presencia del Señor”, funda una ciudad.

La técnica está, en este contexto, en el origen de la ruptura del hombre con su naturaleza. Del sentido divino de su existencia se aleja por medio del artefacto, del artificio, donde el arquitecto desde su concepción misma tiene un papel protagonista. Caín se niega a obedecer y se asienta por negación de la naturaleza –por interrupción vertical- y del sentido divino de su existencia -por interrupción horizontal. Así, se forjan las ciudades amuralladas que establece la distinción entre el campo y la ciudad, y se techa la morada para protegerse de un cielo que ha dejado de ser protector. La doble amenaza configura el doble sentido que anteriormente aislábamos. El habitar del hombre en la tierra se yergue, desde entonces, en el desafío a su origen divino, contra lo inhóspito. La ciudad como *urbis* constituye pues el ardid humano para eludir por medio de la técnica la condena divina que debe ser entendida en su sentido secularizado de oposición a lo natural. La ciudad como *civitas*, como núcleo de convivencia, queda fijada originariamente en la aparición de la casa como reducto pacífico y precario. Ciudad y casa quedan estrechamente vinculadas en este específico marco de análisis: son los espacios habitacionales, colectivo y privado, de un modo de vida que se fundamenta en la acuciante necesidad de determinarse negativamente contra lo natural. E insistimos: lo natural aquí debe ser interpretado como lo no humano por ser lo que no es él, de igual modo que es de aquello de lo que el hombre quiere separarse; la necesidad, lo mítico, lo no penetrado por la razón; pero también lo contingente, aquello que se escapa a su control.

La revolución: la ciudad pensada racionalmente

Se dice de las ciudades que son un organismo vivo, que crecen, cambian, se adaptan a las nuevas expectativas de sus habitantes. Evolucionan, a fin de cuentas. Es decir, que en su movimiento, alcanzan mayores cuotas de adecuación entre lo que son y de lo que de ellas se espera. Veíamos, con la ayuda de nuestro anónimo observador, cómo este recurso a un vocabulario más propio de las ciencias naturales nos resulta ahora claro y cercano aunque seamos conscientes de que es solo una de las formas de entender lo que nos rodea. En efecto, la concepción de la ciudad desde esa órbita cientifista apenas cuenta con unos siglos en el acervo académico europeo y poco más de uno en el caso concreto de la cultura valenciana. En épocas pasadas, previas a la administración de todos los ámbitos de la vida por instituciones políticas y económicas, tanto el mero estar individual como lo tocante a la vida en sociedad

discurrían en un laxo marco desreglado. No es que se campase sin limitación alguna. Ni mucho menos. Pero la libertad (si fuésemos capaces de entenderla al revés de cómo ahora la entendemos) se vivía por la ausencia de limitaciones. Ciertamente que se estaba a merced de los intereses de los poderes fácticos del momento, pero después –y entremedias- de pagar los diezmos, ir a la guerra y rendir pleitesía, se vivía en un vacío desreglado. Y con las ciudades pasaba algo parecido. No había una planificación previa, una figura de crecimiento proyectada al futuro. Se adaptaban al momento sin apenas restricciones a no ser que te cruzases con los intereses de alguien poderoso o en lo tocante a lo que involucraba al colectivo (véase mercados). Las ciudades eran, pues, resultado de ese espontáneo crecimiento mediado autárquicamente por actuaciones puntuales y por un débil entendimiento de lo colectivo tal y como hoy lo concebimos. Este tipo de ciudad queda cerca del que anteriormente presentábamos en su origen mítico: la ciudad amurallada como interrupción vertical contra lo exterior, contra lo que se considera fuera de ella. Es decir, tanto en esos momentos iniciales como en esa ciudad desreglada, la *urb* se concebía contra la naturaleza tanto natural como humana; la primera como fuente de amenazas primigenias (bestias salvajes, efectos atmosféricos), la segunda contra lo otro, el hombre que se sitúa al otro lado de la interrupción trazada artificialmente. Desde su fundación como medio de convivencia, o *civitas*, la ciudad abordó la amenaza de lo exterior en ese doble sentido. Por medio de la técnica, la construcción misma de la ciudad como *urb* se concibe contra lo natural y lo humano otro.

Y parece que esta concepción de ciudad, ciertamente simplificada, alcanzó una elevada estabilidad si consideramos su larga duración. Decíamos que durante siglos los mecanismos de autorregulación de la ciudad bastaron para proporcionar la requerida capacidad de cambio. Se podría decir que la lógica urbana coincidía con la lógica de los que la habitaban, esto es, la forma en la que se entendía el mundo coincidía con la forma con la que este era habitado. La *urbs* coincidía con la *civitas*. O al menos así podía ser vivido: el mito “ciudad” había sido integrado en la realidad “ciudad”. Pero es evidente por los testimonios que nos han llegado que la ciudad así concebida arrastraba un momento de dominación (la negación de lo otro) que no tardó en rebasar las fronteras físicas construidas. Lo otro, aquello de lo que depende la imagen propia sobre la que se asienta la identidad del colectivo urbano (el pertenecer a la Balansiya islámica y no la Valencia cristiana pongamos por caso), pasó a confundirse con lo propio. La estructura misma de ese tipo de convivencia llevó a la diferenciación de nuevos colectivos, y con ellos al surgimiento de nuevas concepciones de lo que una ciudad debía ser. No negamos con esto que a lo largo de

la dilatada historia de la ciudad de la que hacemos aquí resumen en pocas líneas no hayan habido numerosos enfrentamientos internos. Colectivos que hayan luchado por su identidad, y por ende por su supervivencia reconocible, han jalonado este devenir del concepto de ciudad. Pero, y siempre desde esta rápida simplificación, todos fracasaron. O al menos no alcanzaron a dar con el vuelco que perseguían. Todos hasta la formación en el seno mismo del ecosistema urbano de un colectivo que daría pie a una nueva ciudad mucho más parecida a la que acostumbramos a habitar: la burguesía. De las bases del tercer estamento fundamentalmente, favorecido por una compleja convergencia de transformaciones en las estructuras sociales, productivas y económicas surgió un colectivo que aunaba unas características insólitas hasta el momento. Y lo que es más pertinente, concibió un nuevo tipo de convivencia y de relaciones de intercambio, luego de ciudad. Este cambio empezó a gestarse mucho antes del periodo que aquí ha de ocupar nuestro análisis. Es más, por todos es conocido el notable retraso con que España alcanzó la industrialización, condición indispensable para el surgimiento de una burguesía en pleno derecho. No deberá extrañar, pues, que ilustremos este cambio con el ejemplo de Valencia a finales del siglo XIX.

La Valencia finisecular: ideología y reforma interior¹¹

La Valencia de la restauración era una ciudad con apremiantes problemas. Por una parte, el progresivo aumento poblacional propiciado por una incipiente industrialización elevó la densidad de la ciudad intramuros a unas cuotas insostenibles. Por otra, la apertura de nuevas calles y un progresivo proceso de ocupación de áreas urbanas liberadas por la demolición de propiedades municipales y eclesiásticas aumentaron la densidad habitacional sin proporcionar verdaderas soluciones a los problemas de accesibilidad y salubridad de la aun medieval estructura urbana. Es más, muchos de los terrenos de conventos desamortizados, en especial aquellos situados en la mitad oeste de la ciudad donde tradicionalmente se ubicaron las barriadas artesanas de la seda y del tejido, fueron destinados a usos industriales. No es de extrañar en este contexto que el temor por la aglomeración industrial, con los problemas de contaminación que ello acarrea, se sumase al ya citado hacinamiento de las gentes. Esto, unido al creciente poder de una burguesía urbana nacida al amparo

¹¹ Se puede encontrar más información sobre este crucial momento histórico de Valencia en: R. Reig Armero, "Ideología y política de la Reforma" en *Historia de la Ciudad. Recorrido histórico por la arquitectura y el urbanismo de la ciudad de Valencia*, ICARO. Colegio Territorial de Arquitectos de Valencia, 2000, pp. 192-204.

de las políticas liberales, propició la formación de núcleos de opinión influyente que dieron forma a las exigencias de reforma de la ciudad. Para estos, más allá de los humos, suciedad y pobreza manifiesta de amplias zonas de la ciudad preocupaba que el tránsito a la modernidad estuviese convirtiendo a Valencia en una aglomeración industrial y en una ciudad obrera.

Colectivos que traspasaron sus ámbitos académicos como los higienistas (médicos eminentes como C. Gómez o J. B. Peset) o los científicos sociales (Pérez Pujol o Moret) precipitaron el inicio del periodo de planificación urbana. El nuevo sistema industrial había desbordado los límites de la ciudad tradicional y, desde la sólida tradición humanista a la que se adscribieron como son las corrientes francesas durkheimianas, estos institucionalistas defendieron más allá de una mera higiene urbana médica, una higiene social. Los cambios sufridos en la estructura productiva hizo necesaria la revisión del estrecho marco de la ciudad tradicional que se tradujo en medidas concretas que debían favorecer nuevos modos de vida. Ya desde Saint-Simon, cuyo pensamiento tanto influyó en la planificación hausmanniana de París, se entendieron estrategias de planificación urbana como medidas educativas para la población que debía aprender a adaptarse a las nuevas condiciones. Es de destacar en este sentido el fuerte vínculo que se trazó entre mejoras en las comunicaciones y progresía industrial, o la zonificación urbana con la racionalización de las costumbres. En el caso de Valencia, el reciente crecimiento de las industrias exigía su desplazamiento al exterior, a la vez que requería la mejora de las comunicaciones tanto intramuros como extramuros. Si bien es cierto que Valencia gozaba de una densa red de caminos de huerta que la circundaban, el acceso al núcleo urbano era tremendamente complicado. De ahí que la insistencia en las pésimas condiciones de habitabilidad de la ciudad tanto en gacetas como en discursos políticos fuese en aumento. Y estos problemas internos de la ciudad quedarán vinculados en la opinión dominante ya no solo con las propias condiciones de vida de la ciudad sino con su proyección futura hacia el progreso. Por otra parte, no es de menospreciar el deseo de las clases dominantes emergentes de distanciarse de una ciudad que les ataba a un pasado que debía dejarse atrás para fundar una nueva más acorde a su recién adquirido estatus. La Valencia agrícola debía dejar paso a la Valencia industrial. En este proyecto de reforma social, el traspaso de poder debía hacerse efectivo y recluir a los poderes que anclaban la ciudad al antiguo régimen, a saber, la Iglesia y la aristocracia (y por extensión toda mentalidad monárquica).

En este contexto de necesidad real, de afirmación ideológica y de ascenso social cabe entender el estallido de intentos de reforma que se prolongaron hasta bien

entrado el siglo XX. No querríamos caer en una excesiva simplificación con esta afirmación. No se pretende defender con radicalidad las tesis foucaultianas sobre el discurso reformista, que en última instancia se manifiestan limitadas en su capacidad explicativa frente a los complejos análisis sociológicos desde Weber¹². Que la posición privilegiada de ciertos colectivos con intereses particulares muy determinados se haya traducido en el encubrimiento de una vasta operación disciplinadora obviando la reforma social y de equipamientos que efectivamente se llevó a cabo, y el sinfín de matices que entraron en juego, nos resulta en exceso reduccionista. Ciertamente el no oponerse al orden industrial sobrevenido revierte en una potenciación del discurso capitalista, máxime cuando las intervenciones se cuantifican en la medida en la que son capaces de resolver los problemas de aquello sobrevenido. En el movimiento por la supervivencia en ese nuevo contexto, tanto reformadores como la sociedad en su conjunto optaron por liarse la manta a la cabeza y dejarse arrastrar por los imperativos inmediatos. Consolidaron así, con las reformas que esperaban mejorar la situación, una de peor cariz.

Sea como fuere, y regresando a las particularidades valencianas, lo cierto es que como hemos visto los numerosos intentos de propiciar la transformación de la ciudad con arreglo a la nueva mentalidad fueron uno a uno fracasando. A lo sumo quedaron resquicios de lo que inicialmente se propusieron pero en cualquier caso solo llegaron a ejecutarse aquellos que por las condiciones inmediatas tenían viabilidad economicofinanciera. Son varias las explicaciones que pueden dar cuenta de este fenómeno pero en gran parte pueden ser debidas a la ausencia de una burguesía sólida que pudiese imponerse frente a los otros poderes. La nobleza por aquel entonces seguía siendo un colectivo de gran peso. Sus intereses eran eminentemente agrícolas y detentaban un gran número de fincas tanto dentro de la ciudad como en sus inmediaciones. Por su corte conservador, este colectivo se opuso con insistencia u obvió las reformas que fueron planteándose. Por otra parte, la burguesía se vio dividida entre dos intereses enfrentados. Aquella consolidada durante la revolución liberal, había sabido aprovechar las oportunidades de inversión derivadas de las desamortizaciones y, en su holgada situación, no quisieron embarcarse en aventuras inciertas. En segundo lugar, surgió una pequeña burguesía urbana que era la más interesada en que las reformas se llevasen a cabo. Se habían enriquecido recientemente con empresas menores pero de gran proyección y era sin duda el colectivo que mayor presión social ejerció a favor de las reformas.

¹² A este respecto se puede consultar un artículo donde definiendo esta tesis pronunciada aquí tan abruptamente: A. Rubio, "Poder y sujeto en Foucault y Habermas" en *Apeiron. Revista filosófica de creación*, nº 5, 2009, pp. 29-35.

LAS TRAZAS QUE CONSTRUYEN CIUDAD

“... y no sólo metafóricamente, tenemos el derecho de comparar, como tan a menudo se ha hecho, una ciudad con una sinfonía o con un poema: son objetos de la misma naturaleza. Quizá más preciosa aún, la ciudad se sitúa en la confluencia de la naturaleza y el artefacto. Congregación de animales que encierran su historia biológica en sus límites y que al mismo tiempo la modelan con todas sus intenciones de seres pensantes, la ciudad, por su génesis y por su forma, depende simultáneamente de la procreación biológica, de la evolución orgánica y de la creación estética. Es a la vez objeto de naturaleza y sujeto de cultura; es individuo y grupo, es vivida e imaginada: la cosa humana por excelencia.”

Claude Lévi-Strauss, *Tristes Trópicos*, Paidós Surcos 2006.

“Son los usuarios de un espacio los que tienen la capacidad de dotarlo de contenido, pues el espacio sólo existe en la medida en que se experimenta.”

Michel de Certeau, *L'invention du quotidien*. GALLIMARD, 1990.

Podemos entender la traza heredada de una ciudad como la huella material que representa una cantidad de información sobre un determinado espacio tangible, inscrito en un ámbito determinado. Si tomamos como válida esta definición, las trazas de la ciudad tendrán mayor o menor persistencia según su grado de ejecución, de conservación, su sustitución, su reinterpretación, etc. Estas cuestiones hacen referencia a las trazas de la ciudad en términos de “visibilidad” de las mismas. Se pueden entender las aperturas en el tejido urbano del Plan de Reforma Interior de 1910 ideado por F. Aymamí Faura para Valencia desde esta perspectiva morfológica. El Plan, influenciado por los ejemplos de reformas llevadas a cabo en las principales ciudades occidentales en el siglo XIX, como por ejemplo en el París haussmaniano, responde también a unas determinadas cuestiones ideológicas y de construcción de una cierta “idea de ciudad”. Se trata, en esta ocasión, de trazas inconclusas. En la comparación con la realidad física actual de la ciudad pronto descubrimos que gran parte del proyecto acabó en ejecuciones parciales del entorno de la Avenida de Barón de Cáncer, entre otras aperturas inconclusas, indefiniciones que son objeto del taller. Si la traza la asimilamos a la avenida, con su amplia sección y sus edificaciones de alturas superiores a las del entorno dónde se enmarca, pronto descubrimos recorriéndola, piezas que no encajan. Llegados al final del trazado, frente a la parroquia de los Santos Juanes, espacio en obras por la ampliación del metro y la construcción de un aparcamiento subterráneo, la traza se interrumpe y el paisaje urbano se transforma en un collage de rincones, solares y fachadas sin continuidad. ¿Es esa inconclusión del plan urbano lo que ha construido la complejidad y el conflicto en el entorno urbano?

Sin embargo, podemos entender la traza heredada desde otra perspectiva. Una mirada que atendería más a la construcción de una huella inmaterial reflejada en el entorno urbano, no tanto en la rectitud y límites de la línea del dibujo del proyectista, de pretendido corte objetivo, si no en las capas superpuestas en esa trama. Esas

cuestiones de uso y de apropiación no podrían ser representadas en una cartografía convencional. Basta con pasearse por las inmediaciones del entorno de la Avenida de Barón de Cárcer en su fachada del Mercado Central para reconocer que se trata de un lugar de movimiento convulso dónde diferentes usos y flujos se superponen. Se trata de un lugar anclado en la memoria colectiva y que construye múltiples identidades urbanas. Existen entonces apropiaciones intangibles del espacio urbano a través de mecanismos como la memoria colectiva e individual. Como avanzó S. Freud, los traumatismos urbanos pueden ser asimilados a los psíquicos. Un buen ejercicio sería aproximarse a esas trazas inmateriales desde la memoria construida en ese lugar.

Esta aproximación puede tener dos puertas de acceso. Por una parte podemos enfocarlo desde nuestra apropiación individual y por otra desde la apropiación en la memoria colectiva, lo que Armando Silva denomina Imaginarios Urbanos. Según Henry Lefebvre, la producción social del espacio está formada por tres aspectos interactivamente relacionados: la práctica espacial (el espacio material), la representación del espacio (el espacio como lenguaje codificado) y el espacio representacional (vinculado a la experiencia cotidiana de vivir el espacio). Se trataría en el taller en incidir en los dos últimos.

Según Armando Silva la ciudad es un espacio simbólico de encuentros y desencuentros, percepciones y deseos en continua transformación. Las identidades urbanas pasan por un proceso desmaterializador igual que en el espejo soy "representado", en realidad soy otro. La teoría de los imaginarios urbanos busca captar lo que Armando Silva denomina "croquis urbanos" que son mapas afectivos dónde el sujeto se encuentra con otros sujetos porque se comparte un interés, un oficio... Estos mapas no son físicos, si no psicosociales. Los croquis existen en una representación grupal, tal y como apuntó Aldo Rossi, la ciudad es el *locus* de la memoria colectiva.

¿Qué herramientas podemos utilizar a la hora de analizar este entorno bajo esta perspectiva? Si las trazas inmanentes que consideramos tienen que ver con el uso, la memoria y la percepción del espacio, es posible que una representación cartográfica convencional no sea suficiente para apoyar el análisis. Consideraremos entonces la elaboración de "mapas subjetivos", narraciones heterogéneas que construyen ese lugar.

Podemos recordar como Colin Rowe y Fred Koetter en su Ciudad Collage oponen la figura del *bricoleur* de Claude Lévi-Strauss a la del científico. Este último crea eventos con sentido estructural, que en nuestro caso sería la traza-línea del proyectista, pretendido nuevo eje estructurante de la ciudad. Desde la perspectiva del *bricoleur* la ciudad se entiende no sólo como un conjunto de elementos heterogéneos, sino también como la suma de capas o acontecimientos que se superponen como estratos en el lugar habitado.

El taller propone un lugar de encuentro para el debate, tanto de la definición de traza urbana como de aproximación al estudio de los elementos de apropiación individual y colectiva del espacio analizado y las metodologías capaces de narrar esas apropiaciones.

BIBLIOGRAFÍA DE APOYO:

CERTEAU, Michel de, *L'invention du quotidien*. GALLIMARD, 1990.

CUCÓ I GINER, Josepa, *Antropología Urbana*, Ariel, 2004.

FOUCAULT, Michel, *La arqueología del saber*. SIGLO VEINTIUNO, 1995.

FREUD, Sigmund, *Los orígenes del psicoanálisis*, ALIANZA, 2007.

GARCÍA VÁZQUEZ, Carlos, *Ciudad hojaldre, Visiones urbanas del siglo XXI*. GG, 2004.

GUATTARI, Félix, *Las tres ecologías*. PRE-TEXTOS, 1990.

HALBWACHS, Maurice, *La mémoire collective*, Ed. PUF, 1950

LEFEBVRE, Henry, *El derecho a la ciudad*. PENÍNSULA, 1969.

LÉVI-STRAUSS, Claude, *Antropología estructural. Mito, sociedad, humanidades*. SIGLO VEINTIUNO, 2009.

LÉVI-STRAUSS, Claude, *El pensamiento salvaje*. FONDO CULTURA ECONÓMICA, 2003.

ROWE, Colin y KOETTER, Fred, *Ciudad Collage*. GG, 1998.

SENNETT, Richard, *Carne y piedra, el cuerpo y la ciudad en la civilización occidental*, ALIANZA EDITORIAL, 1997.

La alteración de la estructura de significación.

Cuando nos enfrentamos a la proyectación de un espacio público en la ciudad consolidada y especialmente de su recuperación como espacio público de calidad, dotado de contenido suficiente como para identificarse, nos asaltan todas las incógnitas posibles. ¿Quién lo hizo? ¿Cómo? ¿Cuándo? ¿Porqué?, ¿qué espacio temporal ocupó, y que debates existían entonces?, ¿Qué antecedentes urbanos existían y porque se eligió de entre las muchas propuestas que entonces se produjeron, esta?, ¿Cuál era el contexto socio-político?, ¿Qué estructuras de poder pugnaban detrás de la propuesta, que hizo se orientase esta en una dirección y no otra?... pero incluso aceptando todo el sustrato que genera la respuesta a tales preguntas, podemos situarnos en un plano posibilista, como ya en curso. Entonces nos asaltan las cuestiones sobre su posibilidad, sus dificultades, su trazado, incluso su conceptualización. ¿Qué se pretendía con aquella arquitectura racionalista?, ¿suponía un ejemplo de algo? ¿existían finalidades residenciales, tipológicas, sociales, habitacionales detrás de aquellas propuestas?..., y finalmente ejecutada hasta donde conocemos, ¿surgió los efectos que realmente perseguía? ¿Quedó lastrado por incomprendiones, o interpretaciones equívocas, interesadas, o a culturales?

Todas estas preguntas sobre el antes, el durante y el después de la actuación en sí, nos vienen a la cabeza indefectiblemente al plantearnos su recuperación como espacio urbano actual. Más aún, creo que implementan otro estadio de cuestiones. ¿Qué es un espacio público hoy en día? ¿que significa recuperar un espacio urbano?, ¿Qué alcance tiene una intervención definida en contestación a todo lo anterior? ¿Para quién se recupera, que pobladores, que ciudadanos?, ¿Qué esperamos los habitantes actuales de valencia de los espacios públicos, de su disposición, de su ocupación?, ¿Qué entendemos por apropiarnos de los espacios públicos?, y finalmente ¿Por qué ese interés en lo público, en la apropiación y en hacer nuestra la calle, los vacíos de la ciudad heredada?.

Este conjunto de preguntas llegan a nosotros sin excesiva dificultad, porque entre nuestras actuaciones arquitectónicas está el preguntarnos sobre todos los aspectos que confluyen en nuestro trabajo. Son lo que llamamos los trabajos preparatorios, de análisis o formación que consideramos previos al enfrentarse en sí a la propuesta. Incluso diría que según el tipo de deliberación y debate que establezcamos con esta información previa, el curso de la propuesta adquiera una direccionalidad u otra. Pero no debemos olvidar varios aspectos de estas preguntas y sus consiguientes respuestas. La primera es que por más que pretendamos entender la mentalidad y conciencia de aquellos habitantes y actores que intervinieron en la propuesta de 1911, la estamos apreciando desde 2011. Cien años de distanciamiento es una perspectiva suficientemente grande como para no tener la sensibilidad de aquellos habitantes y sus circunstancias. La “sensibilidad contextual” está detrás de sus deseos, pasiones, energías y fuerza aplicada en sus postulados, insistencias, debates, pretensión de llevar a cabo por encima de todo aquella propuesta. Es como una unidad de medida del espacio tiempo de ese momento de la historia. La segunda cuestión, proviene también del distanciamiento, pero en relación a la evolución que se ha producido desde entonces. Ya no solo la técnica y la material, sino la cultural. El distanciamiento comprensivo es enorme. Hemos visto crecer el movimiento moderno, el racionalismo, el positivismo, y tantos otros estadios de nuestra historia reciente, pero también su disolución, sus causas, sus impedimentos, sus premisas iniciales y sus posteriores designios. Unas veces hemos visto como posturas conceptuales que inicialmente

nos eran comprensibles han girado hacia sesgos oscuros. Otras nos hemos sentido utilizados, o engañados. Otras empezaron de manera distorsionada por los grandes impedimentos del “stablishmen” y sin embargo luego han devenido en comprensibles. Lo cierto es que no todo era ni tan puro, ni tan claro u oscuro, ni tan moldeable o adaptable a los distintos enfoques. Incluso en ocasiones estadios de comprensión, conocimiento y cultura de este siglo han devenido en enormes catástrofes intelectivas, pero por su mala comprensión o utilización socio-política. En definitiva la distancia cultural nos permite cierto relativismo, (tomado como distensión), hacia las principales pautas de contenido pretendido en aquellas propuestas, lo cual nos quita la tensión y el recelo que seguramente ocupaba los desvelos de aquellos ciudadanos. Por tanto cualquier aproximación desde hoy hacia atrás en cien años, hay que tomarlo con cierta prudencia, pues nuestros ojos ven aspectos ya desentrañados que no lo eran para aquellos actores. Podremos entender ciertas cosas, pero difícilmente ponernos en su lugar. Esto trae consigo el tercer aspecto; la memoria. Sus decisiones y sus planteamientos estaban ilustrados y aderezados de la memoria hacia atrás de su tiempo. Nuestra perspectiva es diferente. Ese tiempo que era su presente, es nuestra memoria, cosa imposible para los actores. Esto da una dimensión distinta a la pretensión de comprender. Su memoria era una parte esencial de su convencimiento, junto con el conocimiento de otras actuaciones e iniciativas semejantes acometidas o emprendidas, en su tiempo. Pero desde nuestra perspectiva actual, sabemos a que han conducido esas otras realizaciones, esas otras iniciativas y especialmente esta de la que tratamos. Sabemos que está interrumpida. Ha sido imposible concluir y ellos no fueron capaces de contemplar seguramente esta cuestión ni siquiera como hipótesis de partida. Por eso nuestra memoria del presente es parte de nuestro convencimiento actual de las posibilidades, interés y expectativas que una propuesta como esta trae consigo. Por eso lo que yo puedo hoy conocer vela mi aproximación a aquel tiempo que analizo e interrogo.

Estas cuestiones establecen una división interesante en la aproximación a la comprensión y establecen unos “márgenes” de mis posibilidades interpretativas de lo surgido realmente entonces. Pero subsisten más limitaciones comprensivas derivadas del segundo paquete de preguntas. Porque en cualquier caso, comprenda con una profundidad u otra aquel tiempo y sus cuestiones, no puedo desembarazarme de mis problemas presentes. Mis problemas son de la ciudad que conozco, la que he heredado, la que me llega y he vivido, la que deseo yo hoy y la que pretendo o me gustaría tener. Es decir que acumulo un futuro posible a este presente para abordar las cuestiones de cómo intervenir. Porque no pretendo intervenir solo para dar respuesta a lo más cotidiano que me preocupa hoy, sino que pretendo dar una perspectiva adicional y pensar en lo que pudiera servir para más adelante y ser igualmente útil y adecuado para una sociedad desde mi hoy hacia delante; hacia mucho más allá. Y eso supone limitaciones y acotaciones de mi mismo en la comprensión de la problemática a introducir a lo visible en la actualidad. Es decir, que no solo me preocupan otras cosas ya hoy mismo, sino que incluso me preocupan otras cosas futuras de las que ni siquiera tengo conciencia real de producirse (pertenecen al campo de las hipótesis o posibilidades), y desde luego siendo consciente de que todas las mismas preguntas que yo me formulo, pueden ser las que se formulen otros mañana. En definitiva, pretender ser consciente de lo que supone y ocurre al decidir intervenir hoy, supone la inmersión en un contexto de incertidumbres sobre el mañana.

Estas cuestiones se presentan acompañadas de otras. No es esta la única operación que podemos pensar en esta ciudad, en estos términos. En la actualidad se están pensando otras semejantes. La apertura, prolongación o alcance de la avenida Blasco Ibáñez hacia el mar, con el Cabañal de por medio. La recuperación de los poblados marítimos. El giro de la ciudad hacia el mar; su fachada, su extensión portuaria recuperable, etc. He procurado escoger las adjetivaciones y la nominación de las operaciones en estudio, por sus términos que deberían

ser para restar la carga literaria que “apertura” o “prolongación” contienen, que parece que vayan de suyo asociadas a demoliciones, extensión lineal, vaciados, etc. Esta es una cuestión muy particular que requiere algo de atención. La designación de las cosas, la arquitectura y el urbanismo están en ello aquí, consigna un resto de significación que es cuanto menos interesada. Y demuestra un plano de aproximación no disciplinar. Para un arquitecto o urbanista, las cosas se miden en tres dimensiones, cuando no en cuatro o cinco.(esta es una cuestión a tratar posteriormente). Sin embargo el titular de prensa, de literatura o de manifiesto de intenciones aborda tan solo la planeidad del papel. Para un urbanista todo este conjunto de propuestas enumeradas deben ser vistas en todas sus dimensiones posibles, y por ello la elección de los términos que la identifican no es una cuestión cualquiera. No hablamos de “prolongar” o “aperturar” como quien realiza un caballón en la huerta, o abre una puerta. Nuestras “líneas” mentales no tienen porque reconocerse como líneas graficas dibujadas. Las líneas de proyectar no son cuchillos que cortan o excavadoras que derrumban. Pueden ser líneas sin materia. Pueden pensar y representar otras dimensiones intelectivas. Prolongar puede ser interpretado por su finalidad, que es dar alcance. Y sin embargo esta cuestión no presupone un seccionamiento, un corte, un eludir la memoria, un “hacer ex-novo una memoria” desde la “sin memoria”. Estas cuestiones están muy sopesadas en diversos campos, y no solo los campos agrícolas que encuentran peñascos o rocas emergentes en medio del arado(que suelen bordearlo manteniendo el ranurado); también en campos como la literatura, la pintura, el arte creativo en general, se dan estas dificultades y pocos conciben los términos de designación sin las cautelas de su representación vulgar. Caer en estos equívocos es tomar los manifiestos políticos o titular de prensa como designación de posibilidades. Y eso en el tiempo presente es sinónimo de vulgarización.

Pero no son estas cuestiones las que quería traer aquí. A lo que me refería con que este tema viene con otros, ocupaba en mi un orden conceptual. Repensar una intervención en la inconclusa e imposible apertura de la Avenida que proponemos como ejercicio, (Barón de Cárcer), es pensar en todas estas otras operaciones de la ciudad. Es poner sobre la mesa las mismas preguntas, las mismas preocupaciones y la necesaria reflexión sobre lo que entendemos hoy por un espacio urbano, un espacio vivible, un espacio apropiado para el ciudadano y un espacio de participación. Definiciones de hoy, en respuesta a preguntas que nos conducirán a repensar que queremos de la ciudad, como humanizar una ciudad heredada que ha ido atendiendo sucesivamente a cuestiones del pasado y que sin embargo hoy, a pesar de nuestra memoria de conocimiento de lo que ha ido sucediendo en el tiempo, renunciamos a actuar como antes. Con convicciones. Con la misma seguridad que antes hicieron otros. Hoy mas que nunca nos sentimos acomplejados e incapaces de decir que ciudad queremos o soñamos y eso nos lastra toda respuesta. Eso hace que las consignas literarias de un titular de prensa se conviertan en cuerpo intelectual. Eso hace que las designaciones politizadas sean los eslóganes de las pautas de comportamiento civil (“apertura”, “prolongación”). Vivimos un tiempo donde invertimos los términos para acortar los mensajes y generar la marca del titular. Nos ocurre especialmente en el chateo, el mensaje cargado de significación de manera breve; un tiempo de metonimias, y de metalepsis. Pero donde la mayoría se creen la literalidad de la frase; la aplanan y así se comprenden como afasia. Como error. Se da así creencia al acrónimo (por el nombre) o el efecto (por la causa), y a fuerza de repetirlo se congela el mensaje, el significado, en lugar de extender este deshaciendo la metonimia¹³.

-
- ¹³ Metonimia; (o sinécdoque) Trasnominación o desplazamiento de algún significado, desde un significante hacia otro significante, que le es en algo próximo. Tipos; causas por efectos/efectos por causas/contenedor por contenido/símbolo por cosa significada/lugar por lo que en el se produce/autor por obra/objeto poseído por poseedor/parte por el todo/todo por la parte/material por el objeto/objeto por su contiguo/instrumento por artista/especie como genero/genero como especie/antonomasia(nombrar diferente); sinécdoque que consiste en poner el nombre apelativo por el propio, o el propio por el apelativo/
 - Los procesos de lo inconsciente para S. Freud están dominados por el “desplazamiento” y la “condensación”, equiparables a la metonimia y la metáfora.

De esta manera este mundo comunicativo, poco versado en deshacer trasnominaciones es capaz de confundir “la apertura de la avenida tal”, como si realmente esta tuviera puertas o muros, o cierres reales que la clausuraran y debieran ser derribados o abiertos. O confundir “la prolongación de la avenida tal”, por una extensión de sus aceras y bordillos en la misma linealidad que la constituye anteriormente, cuando en realidad se pretende “que la avenida llegue al mar”, o “que la ciudad recaiga al mar”, que obviamente son objetivos o finalidades consecuencia de operaciones delicadas y quirúrgicas, no necesariamente aplicando la lógica academicista del XIX, de visión planimétrica. El espacio se ha comprendido a lo largo del siglo XX, compuesto de muchas otras dimensiones. Si lo importante es llegar, cruzar, alcanzar, comunicar, es preferible utilizar estos términos y no los metonímicos que luego se aplanan sin deshacer.

No podemos obviar que en nuestra ciudad los asuntos urbanísticos están muy contaminados de otros discursos añadidos. Los de contenido de politización y “sociologización” son probablemente los más habituales. Responde al empleo de este campo de debate como un arma arrojada continuada entre las diversas facciones de tenor político que se han sucedido en la ciudad en los últimos decenios. Y eso le ha dado un carácter de “campo de batalla” de otras lides. Pero sin embargo si somos un poco exigentes no se ha producido un real posicionamiento diferencial entre las diversas facciones. Cuestiones de matiz y de tinte gestor administrativo acaparan las principales divergencias de contenido. Sin embargo en este debate se ha tejido una divergencia proveniente de esos otros órdenes; sobre las cuestiones participativas en las decisiones del espacio urbano. Y esta polémica debería presentarse en su justa dimensión. No es lo mismo la participación desde una perspectiva estética, que sociológica, política o cultural. La primera y la cuarta, son antagónicas con la segunda y tercera, a pesar de que empleen el mismo término. Otra veleidad lingüística.

Conscientes de esta escenificación, acercarse a cualquier punto conflictivo de la ciudad, de esos que en la actualidad constituyen campos de batalla, es participar de un contexto sesgado de partida. Sin embargo, puesto que los debates son semejantes, la interrogación similar, y las reflexiones son equiparables, parece mas conveniente acercarnos a un escenario urbano “asumido”, desprovisto de la contaminación socio-política que actualmente invade lo urbano de la ciudad. Este distanciamiento permitirá el pensar sosegado y desacomplejado, sin trabas ni roles que pre-condicionen. Este ya no es un escenario candente, ni con barricadas, ni con cascotes en las calles interrumpiéndola. Pertenece pues al imaginario interiorizado, aceptado y que de alguna forma ha creado su propia historia en la aceptación de su inconclusión y su imposibilidad. Por esta razón el escenario de batalla es tan solo intelectual, donde casi todo puede suceder desde la razón y la abstracción y donde los términos como apertura, prolongación, comunicación, identificación y apropiación del espacio urbano, adquieren su verdadero contenido metonímico sin opción de aplanación. Este defecto es propio de los escenarios calientes. Entre disparos, asaltos, gestos, carreras, atrincheramientos y

-
- Lacan considera que lo inconsciente está estructurado como un lenguaje mediante procesos de tipo metonímico y metafórico. Así en psicoanálisis estos son los procesos por el que el inconsciente se manifiesta. (el hijo que odia al padre lo representa como una aversión a su marca de cigarrillos. Así lo que el padre significa para el sujeto –significado– se traslada del significante inicial, padre, hacia otro relacionado con el, cigarrillos)
 - Metalepsis; tropo de la metonimia por el que se toma el antecedente por la consecuencia o viceversa. es una figura retórica que consiste en expresar una acción mediante otra relacionada [metonímicamente](#) con ella. Por ejemplo, la exhortación *Recuerda el juramento que me hiciste* significa en realidad *Cúmplelo*. La pregunta *¿Tienes hora?* funciona como un ruego (*Dime qué hora tienes*).
 - Metalepsis, en el mundo de la retórica audiovisual, también es entendida como la ruptura de la lógica. Por ejemplo, un personaje empieza una frase en un lugar y un personaje diferente termina dicha frase en otro sitio y tiempo, estableciendo de esta forma una relación entre los dos o entre lo que están diciendo. O el salto brusco de un nivel narrativo a otro. Es el caso en que un personaje está viendo la televisión en un escenario concreto dentro de la ficción, supongamos que está viendo las noticias, y dentro de la misma ficción, la persona que presenta el telediario se dirige al protagonista.

negociaciones de treguas, no existe el oxígeno necesario que permita hacer fluir las ideas convenientemente. En este marco de guerra (socio-política), la perspectiva es inmediata, el alcance es del ahora, y las respuestas esperadas son para aliviar la contingencia del momento. No se negocia una paz duradera, un contexto de normalización transmisible, y transmutable a otras áreas de la ciudad. Se negocia el instante. Y se hacen gestos y guiños para lo circundante, para su público, para sus tropas. El distanciamiento de toda esta teatralización permitirá una dimensión diferente, donde exista cabida de la memoria, las referencias, los debates, las experiencias, con elevación respecto de la inmanencia de las acciones permanentes que su apropiación para el ciudadano comporta.

Además este desplazamiento a un contexto urbano interiorizado permite el uso sosegado de la memoria. Ya no hay víctimas a quien reparar; ya no hay esa tensión de compensación que remarca unas estrategias de “deuda” para con la historia, los vecinos desplazados, los afectados, los directamente implicados. Esta no es una cuestión cualquiera en el urbanismo, sino al contrario, una cuestión principal. En toda estrategia de intervención sobre tejidos existentes es necesario ciertas “intervenciones” que afectan los intereses particulares, privados, de distintas personas. Con ellos se mantiene una relación de deuda, y nuestro marco jurídico les tiene como afectados. Pero deberíamos preguntarnos ¿Por qué se les tiene por afectados?, y ¿Por qué se les considera unos derechos privados por encima de los públicos?. La respuesta a estas preguntas nos sitúa en un debate interesante. El marco jurídico administrativo de nuestra tradición considera que lo privado es previo a lo público. O de otra forma, que esos derechos son primeros que los segundos. No ocurre así en todos los países, ni en todas las culturas. Existen otras visiones en relación a esta cuestión, como las que definen como plano principal el carácter urbano y como secundario el de titularidad. Esta es una cuestión relevante, porque supedita los derechos de propiedad, uso y aprovechamiento a lo definido urbanísticamente; lo público. Parece claro que si lo público es quien entrega el valor (aprovechamiento sobre suelo) sea quien lo quite cuando se rediseña la ciudad. Sin embargo la concepción jurídica de la ciudad, extiende las prerrogativas de otros contextos, mediante el cual, los derechos materializados son patrimonializado de por vida para el titular de la entrega. Es decir el donado, lo hace suyo de por vida y se hereda generación a generación. Mientras que podríamos pensar que el donado lo es en su existencia, pero no hace de donador a sus familiares en generaciones sucesivas, hasta el infinito. Podría compensarse con un tiempo de disfrute, incluso generacional. Pero no necesariamente infinito. De esta manera entenderíamos el plano urbanístico como lo que es; un plano de donación (temporalmente extenso en el que se disfruta) en lugar de un plano de adquisición que otorga derechos indefinidos. Es cierto que el marco legislativo actual (desde 1982), ha revisado estos aspectos y ahora se contempla la “adquisición del derecho de aprovechamiento”, pero sin embargo, tal adquisición en el marco del planeamiento (discrecional de unos planeadores y de un tiempo de comprensión del urbanismo de la ciudad), una vez adquirido se pasa al plano de la “titularidad”, y este es primero sobre el urbanístico. Distinto sería que toda adquisición de derechos urbanísticos se entendiera como “usufructo”, o “donación sin posibilidad de donarse sucesivamente”, o “derechos tasados en el tiempo”. Al menos para lo que se ha obtenido sin pago por su obtención¹⁴.

Pero esta cuestión no la traía para originar un debate de filosofía del derecho, y del orden de los planos de derechos, sino por las “deudas”. Y no las económicas que son compensables numéricamente (cuantitativas), sino las no compensables (las cualitativas). Las vinculadas a la memoria de presencia y erradicación de la propiedad (sea derecho primero o segundo) en el

¹⁴ Históricamente, la simple pertenencia a la trama de la ciudad otorgaba derechos de edificación sin contraprestación por tales derechos urbanísticos. Y por otra parte la prescripción temporal de las deudas por los derechos obtenidos precedentes, en relación a la ciudad heredada, dan carta de derecho real y patrimonializado a lo donado o heredado. Y ello en relación a lo consolidado anterior al marco jurídico del 82.

espacio físico de la ciudad. Esa comprensión de que la ciudad es inamovible, indefinida, permanente, y donde la administración que gestiona lo público carece de derechos de alterar lo público ya establecido, porque el ocupante de la ciudad tiene derechos de presencia tal como lo conoció y habita. Estas cuestiones de la “memoria física” pertenecen a un orden antropológico y psicológico relacionados con la durabilidad y la permanencia, aspectos que evocan la infinitud y los derechos seculares. Pero también lo estático, lo constante, que nos acerca a esa comprensión terrenal del mundo, a esa cultura agrícola que tanto nos condiciona. Esa cultura que no está versada en la anticipación, en la planificación, sino que acomete los problemas cuando surgen, y que da respuesta cuando ya es tarde. Este es un perfil muy particular de la idiosincrasia de esta ciudad, que cuando se pone a resolver los problemas ya están caducados y por tanto sus respuestas habituales son viejas y antiguas en el mismo instante del nacimiento. Es como si cuando te compras un coche nuevo, entre que pagas y te lo matriculan ya tuviera 100.000 klm. Ese rasgo que denominamos “mesinfot”, tan nuestro, que retrasa el afrontar el problema a la situación límite de su imposibilidad. Esa actitud de espera a que las cosas adquieran un vislumbrarse claramente, que no prevé, que no anticipa, que no da curso de presunción desde la sospecha y espera a la urgencia. Las deudas espacio-temporales y físicas, actúan de lastre pues traen consigo expectativas no obtenidas por el pago, sino por el derecho derivado de la donación.

Todo este contexto de problematización es el que subyace en este escenario urbano donde se plantea intervenir, desprovisto como vemos de los grandes problemas que la actualidad confiere (hipotecas de libertad) y que por ello es un marco más aséptico de trabajo. Menos marcado por la premura de la contingencia. Eso permite cierta distancia y menos cargas afectivas, sociopolíticas, o económicas. Sin deudas, sin créditos, sin hipotecas. Ajenas a las estructuras de poder y fuera de los registros de abanderamiento político.

Pero esta problemática no resuelve dos aspectos de necesaria profundización; la respuesta a que se pretende de la ciudad actual, y como se define estéticamente un espacio urbano participativo, si es que esta fuera la respuesta a la primera pregunta. Bajo mi punto de vista, ambas respuestas estarían entrelazadas, como una opción posible, pero esa opción requiere una exposición.

El ciudadano pretende vivir la ciudad hoy. Pretende disfrutarla, pasearla, recorrerla y que esta le de los servicios del tiempo actual. Servicios, es aquí las “prestaciones” que correspondan a su tiempo. De la misma manera que sabemos que una cafetería no permanece toda la vida en el mismo bajo, como el ultramarinos o como la sucursal bancaria, y que se abren o cierran negocios en función de la demanda, la población, la cuota de mercado, la especialización del negocio, etc., igualmente debemos pensar que las actividades que se pueden realizar en la ciudad, son variables en la relación espacio-tiempo, de manera adaptativa a los cambios sociales, culturales, etc. Es decir que la ciudad es como un organismo vivo que se adapta y muta en función del medio (aquí tiempo de desarrollo). Pero si nos fijamos, estamos hablando de “acciones” en todos los casos. Establecemos acciones con la ciudad como manera de interacción y de vivirla. Pero las acciones requieren de una posibilidad, de una potencia intrínseca de la misma. Pues de lo contrario sin ese escenario de posibilidades serían no acciones, sino actos sabidos, interruptores, actos constantes, permanentes, repetitivos, y por eso de otro tiempo. Las posibilidades que entendemos, en relación a la apertura de las acciones contemporáneas, deben ser cambiantes, movibles no estáticas. Esto que entendemos bien para el mundo de los negocios en relación a los bajos comerciales de la ciudad, aceptando la alteridad y alternancia, no lo asociamos a lo estático de la materia edificatoria, ni a la configuración de la ciudad, ni a su modo de uso, ni al espacio público. Parece como si obrara un antagonismo entre acciones y materia. Acciones lo asociamos a lo fungible, lo superpuesto, los usos y estaticidad y permanencia lo asociamos a la materia.

La cuestión por tanto que debemos preguntarnos es si podemos con la materia generar un estadio cambiante, adaptable, movable, dinámico. Para responder a ello debemos realizar algunas aclaraciones. Si estamos pensando en una materia gelatinosa que se afloja y mueve, nos equivocaremos. Si pensamos en hacer ciudad con enseres que según como nos levantamos los dejamos en un lugar u otro nos equivocamos. Si pensamos en repavimentar, readoquinar, rearbolar constantemente el espacio urbano, sabemos que no tenemos ese sobrante económico para ello, ni lo tendremos. Pero sin embargo no renunciamos en nuestro foro interno a que por estas limitaciones de las cosas materiales con las que se hacen la ciudad podamos renunciar a que sean en cada tiempo contemporáneas (actualizables). Quizás debamos alejarnos y pensar el problema de nuevo. ¿Cómo se actualiza la materia? Por su propio deterioro físico químico, sus propiedades, y por lo que llevan adherido las cosas materiales. ¿Qué lleva adherido la materia? Su significación, su forma, sus referencias, su historia, su memoria, su disposición, su orden. Es decir, lo relativo a la definición de lo significado y lo significante. Pero entendiendo que esta relación no es biunívoca, ni direccional, ni siquiera estable y constante. No hay ecuaciones eternas de forma-significado, función – significante, forma-función. Siendo así, ¿cómo pueden variar los significados a partir de significantes inertes, la materia constante? Esta cuestión es realmente inimaginable, sino es porque ya se ha imaginado. La única respuesta es porque el que otorga el significado que es el receptor, se lo entregue de manera diferencial, sucesiva y consecutiva. Es decir que sea el receptor, el que lo comprende quien lo aporte. Y ello nos lleva a la siguiente pregunta, ¿Cómo puede una misma persona dar distintos significados a una misma materia sucesivamente? Y la respuesta supone otro peldaño de comprensión. Porque lo que se interprete conjuntamente entre lo inerte material-constante y lo adherido por el receptor en su comprensión, construye una significación diferencial. Eso supone que la cosa, la materia inerte debe permitir diferentes aportaciones del sujeto. Y para ello estas aportaciones del receptor deben proceder del orden de los recuerdos, la memoria, la imaginación, la indagación, la anticipación, las expectativas, en resumen de las “posibilidades dinámicas”.

Estamos acostumbrados a comprender las cosas fijas como portadoras de significados; uno o múltiples. Nos referimos a obras literarias maestras cuando entre sus renglones comprendemos una historia o múltiples. Comprendemos un significado o muchos. Pero todos esos significados provienen habitualmente del mismo texto, y son los matices, los sesgos, las pequeñas figuras semánticas o lingüísticas, las que según puntos de vista o contextualizaciones, aportan un significado u otro. Pero en todo caso el instrumento principal es el texto de partida, y su poli significación más o menos oculta, el vehículo de comprensión. Pero ahora nos deberíamos situar en otro escenario de comprensión diferente. Supongamos que el texto es un “medio estratégicamente concebido” de manera que en su lectura no fuera exclusiva, que tuviera espacios en blanco para rellenar, y que el lector tuviera que rellenarlos con su propia experiencia, sus recuerdos, su memoria, y entonces la historia fuera diferente cada vez. Sería como un texto que, en lo que sí está concebido, es suficiente como para que desate en nosotros una implicación tal, que nos sintiésemos atrapados, con motivación para integrarnos como parte de la historia, y que en ese introducirnos, y en esa estratégica concepción nos invitara a penetrar el texto. Tal atrapamiento del texto provocaría acciones nuestras, posicionamientos, reacciones, recuerdos, evocaciones, y necesariamente afloraría de nosotros historias de nuestras vivencias que pondríamos al servicio de la interpretación. Como complemento de la historia esbozada pero sin acabar. La unión de esos recuerdos con lo ya escrito sería una significación.

Pero recalemos en cómo se produce esa aportación psicológica de nuestra donación de recuerdos y memorias personales. Cuando una imagen, un texto, unas acciones, un juego cualquiera, permite que nuestros sueños, recuerdos o memoria sea aportada como

complemento del juego principal, (el de significación múltiple e individualizada), esta aportación nuestra se extrae de nuestro cerebro de entre los múltiples datos almacenados en el, pero que generalmente están ocultos y no ven la luz. Son datos compactados como restos de otros datos, como sinopsis de otras experiencias, y cuyo desentrañamiento, su afloración, puede ser un olor, un sonido, una imagen, un tacto, una evocación. O un conjunto de cualquiera de estos aspectos sensitivos, o pensamientos. Nuestra vivencialidad no se almacena entera, y completa, sino a través de pequeños registros asociados a órganos sensoriales o simplemente compactos abstractos. La afloración se produce entrelazada necesariamente con muchas otras cosas, de coexistencia temporal o no. De vinculación sensorial o no. Son particular entretreídas, información compilada a través del tiempo, sin nosotros conocer el proceso exacto, pero que en todo caso en ese aflorar ramificado, describe un sesgo de significación. Y tal significación no solo proviene del significado principal que se extrae y se pone en relación con lo inmaterial constante, sino es una significación entrelazada que nos permite seguir el rastro de las interconexiones. Que nos permite no solo conocer como se ha entrelazado todo esa maraña informacional, sino que incluso en nuestra encuestación podemos atisbar una estructura de interconectividad de todo ello. Pero en todo caso, se signifique como se signifique, la cuestión es que cada afloramiento de recuerdos puesto al servicio de lo inmaterial es diferente. Es autónomo uno de otro y en esa individualidad, no solo personal, sino intersubjetiva, es donde se produce la variabilidad y dinamismo que se persigue. Concebido así ese texto, con renglones vacíos para completar es sólo un esquema de significación inacabado, y que completa cada uno. El completar, representa una participación activa del sujeto en el texto. Y en esa participación es donde se define un contenido estético diferencial de los apuntados hasta ahora y que podemos denominar como estética de participación.

Pero no nos ciñamos solo a una estructura literaria y pensemos otros contextos de interpretación antes de llegar a la arquitectura de la ciudad. Pensemos en un director de orquesta, agotado de repetirse y de que sus composiciones tengan siempre los mismos registros, melodías, ritmos y quiera que sus composiciones no tuvieran tales registros o identificación. Porque ha comprendido que la música no solo es una marca de ventas, y prefiera no ser el mismo el que se relaciona con la obra sino la gente que la escucha. Es decir que el mismo saliera del centro de la obra, que no fuera apenas mediador, que no condicionara y que el resultado permitiera la participación. ¿cómo obraría?. Entre las muchas opciones, podría contratar cada vez un grupo de artistas de “jam sesión” y dejarles actuar improvisadamente. El iría grabando la sesión y luego la reproduciría en una mesa de mezclas de la manera que le resultase mas adecuada, haciendo saltos, introduciendo otros sonidos, más o menos como se hacen las mezclas DJ actualmente. Todo no es externo en la creación. El compositor gestiona todos los recursos a su alcance y los ordena finalmente, porque el resultado debe ser algo concreto, aunque tenga formato de estructura capaz de recibir otros ajustes, otras aportaciones. Incluso, podría la maqueta permitir participaciones sucesivas. En definitiva el compositor se sitúa como un tercero desplazado. Es decir, en la relación triangular [autor-obra-receptor], este es doblemente autor y receptor de otros autores. Pero como receptor último se dispone desplazado de la escena, como si no fuera con él, para que su doble condición de autor de autores colectivos, y receptor fuese compatible. Este desplazamiento saliéndose de la escena triangular, y situándose como un cuarto protagonista, permite la apertura de otras significaciones adicionales.

En el caso de una bailarina-coreógrafa-compositora, que quisiera los mismos resultados del músico anterior, podría improvisar una coreografía. Para ello en su cabeza debería retumbar una sintonía a su vez inventada, de manera que la invención del compás construyera la invención del ritmo y viceversa. Ambas cosas, ritmo y compas de saltos, se construirían en su cabeza de manera improvisada y simultáneamente. Pero ella es la creadora y a la vez cuando

ensaya mira en el espejo el resultado, corrige y gradúa sus movimientos. Es actora y espectadora de sí misma. Ello supone que adopta la misma posición del tercero excluido, que abre una aproximación cuadrangular. Incluso si su intencionalidad de composición fuese múltiple, como actora estaría también desplazada y así la composición sería a cinco. Esta estructura de desplazamiento de dos partes de una estructura triangular de significación, da origen a una significación pentagonal, lo que representa una estructura de significación circular, sucesivamente recurrente, y que permite la aportación de la subjetividad psicológica (memoria, recuerdos, vivencias, etc.) del sujeto. Y esa es la adherencia que permite tanto la participación como la multiplicidad de lecturas sucesivas, incluso para un mismo sujeto.

Así repasando las estructuras de significación, tenemos:

_ Dual, uno habla y otro escucha y viceversa.

_ Triangular; en toda creación artística se produce el triángulo autor-obra-receptor. El receptor es el "tercero implicado", que lee, interpreta, siente, comprende a los otros dos. Comprende la obra pero también al autor. Comprende que cosas quiere decir, remarcar, o dejar constancia en la obra el mismo autor, de manera consciente o inconsciente.

_ Pero puede que el receptor se aleje de la implicación de esta relación. Es decir se aleje de la escena y se sitúe como viéndose así mismo desde fuera participando en la estructura triangular. Es decir, como tercero excluido. Al verse desde fuera se interpreta en la acción triangular. Incluso puede cambiar las reglas de comprensión. Desde esa posición puede incluso comprobar si la obra miente. Si la interpretación aparente, superficial es equívoca. Si lo relevante es lo que subyace o no, y que cosas subyacen; si son únicas o múltiples. Puede incluso poner la atención en diversos aspectos. Este distanciamiento o exclusión permite incluso aportar sus recuerdos y su memoria como aditamento a la obra. Este desplazamiento conforma la participación. Y es porque ya no hay una estructura fija de significación, ya que se convierte en triangular esta relación.

_ Incluso puede que el autor también adopte esta posición de excluido. Es decir que no tenga intención de transmitir un conjunto de significados, sino que gestione la polisemia, metafóricamente, metonímicamente, o por metalepsis, o cualquier recurso que incluso deje caminos posibles interpretativos. Incluso mienta. Deje como mensaje lo contrario de lo pretendido, para generar el necesario equívoco interpretativo, y la confusión necesaria que obligue a la indagación aclaratoria. En este caso se produce un desplazamiento del autor también, dando origen a una estructura pentagonal de significación. Esta estructura pentagonal, puede ser recurrente sucesivamente. Es decir, que las aportaciones sucesivas pueden provenir tanto del autor, como del receptor. Distintos mensajes entendidos, con distintas aportaciones de memoria del receptor, generan una cadena extensa de posibilidades.

Pero como hemos dicho al comienzo de esta descripción de la estructura de significación que conduce a la participación, siempre hemos previsto que la materia es inerte, constante y fija. ¿Pero qué ocurriría si ese apriorismo no fuese cierto? ¿Qué pasaría si contásemos con una materia que por sí misma tuviese memoria, unos dispositivos que alteraran el resultado, que lo fijo ya no lo fuese, o que ciertos dispositivos pudieran mostrarnos cosas que nuestros sentidos no pueden de forma normal y natural ver constantemente?, o ¿Qué pasaría si gran parte de la materia que consideramos inerte, fuese viva? Viva, desde una perspectiva abstracta y física. Abstracta porque ciertos materiales pueden dar respuesta interactiva o virtual a acciones del hombre y eso supone una pseudo vivencialidad abstracta. Y física real si empleamos como materia de trabajo la naturaleza, en cuyo caso su crecimiento, alteración, procesos naturales y orgánicos, dan una alteridad constante a la actuación. Que puede emplearse adicionalmente

con otros dispositivos artificiales para remarcar su propia vivencialidad (natural y orgánica naturaleza), y remarcar ciertas condiciones de su temporalidad.

En este caso, la obra tampoco es fija. Y tampoco sabemos su devenir exacto. Estamos a la espera constantemente de cómo vaya sucediendo, por lo que en este caso nos encontramos con un hexágono de significación. Nada es fijo, nada es constante, nada es previsible. En ese caso esta estructura que permite la participación, la permite de todos y cada uno de los elementos de la triada artística y creativa. En este caso las posibilidades de comprensión son casi ilimitadas. En este caso la significación nos acerca a la estructura del juego. Un juego sin reglas fijas, sin jugadores constantes, sin acciones repetibles. Un juego a tres improvisatorio. Un juego donde la abstracción es necesaria, donde las referencias a lo múltiple alejan el juego de tener un centro, un objetivo, y donde constantemente existe el recurso de la extracción de la memoria, sus vivencias, sus recuerdos, partes de su vida de los participantes, que ponen a disposición de la obra y su comprensión, como esa adherencia a la materia que permite la constante reinterpretación. La múltiple e indeterminada significación. Lo adherido desconocido es la extracción de la memoria. Lo que emerge insospechadamente. Donde el urbanista tiene un papel de gestor de todos estos recursos.

La ciudad podemos verla en sí misma, configurada por trozos o partes, por barrios o ensanches y dentro de cada uno de estos, como esos restos de memoria urbana. Como esas capas superpuestas que han ido dando estructura forzada de implicación a las distintas partes sucesivas que la han originado. La ciudad heredada es un mapa complejo de todos esos escenarios, contextualizaciones, historias parciales que se han ido originando. Unas completas, otras sesgadas, otras interrumpidas, Pero todas ellas partes de un mapa complejo que contienen unas estructuras parcialmente consolidadas que conforman sus huellas. Su andar, su tránsito. Que evocan sus deudas con un espacio-tiempo. Con una historia particularizada, que se ha quedado encriptadas en sus estructuras residenciales, en sus llenos y vacíos. En este sentido, la evidencia de esta poli-significación viene dada casi de natural. ¿Cómo aprovechar esta superposición de partituras, este “jam sesión” urbano entremezclado en una apuesta por la recuperación del espacio urbano? Esa es la cuestión de trabajo del curso propuesto. Y ello requiere la definición de apropiación del espacio urbano. La cuestión de “tomar lo público”, como un patrimonio de todos requiere de una conciencia colectiva que se superponga al plano de lo privado. No de la propiedad privada, que es otra cuestión sino de la conciencia de privatización que los residentes de un tejido tienen sobre su ámbito inmediato. La ciudad que no paseamos es como si no fuese nuestra. La que permanentemente vivimos es como parte de nosotros. Hacer que la ciudad se emplee más por todos es un paso necesario para sentirla toda ella como nuestra. Dotaciones, servicios, peatonalización, alternativas de uso, destinos contemporáneos, naturaleza, paisaje, son recursos de nuestro tiempo para humanizar la ciudad. Humanizarla en sentido directo; hacerla de los hombres, de los habitantes.